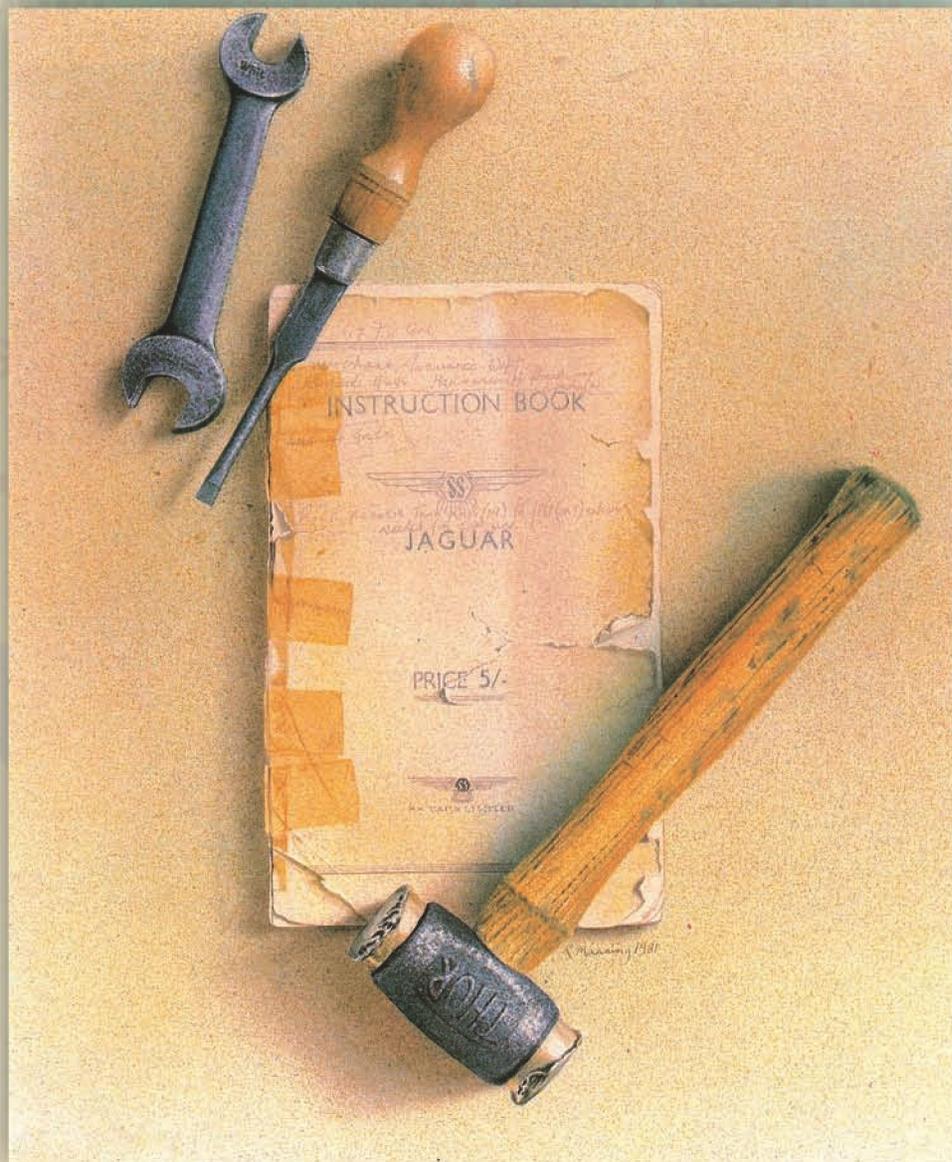


PLAZA DE SAN JUAN



“Los mejores libros son aquellos que quienes los leen creen que también ellos pudieron haberlos escrito”

BLAISE PASCAL

SUMARIO

- José M^a Izarra. FERNANDO 3
- María Teresa Hernández Lucas. EL PIE DE LA ESCALERA..... 22
- Alfonso Hernando. CUENTO EDIFICANTE 23
- Pedro Olaya. THE CHANGING 26
- Sonia Martínez. ALGUNAS TARDES 27
- Ana Mayoral. IVO..... 29
- Santos Rivas. CLARO DE LUNA/EL INTRUSO..... 33
- José Manuel López Gómez. LA TOPOGRAFÍA MÉDICA DEL DR. JUAN CLIMACO MINGO, UNA FUENTE PARA EL ESTUDIO DE ANTROPOLOGÍA DE BELORADO Y SU COMARCA (1884)..... 35
- NOTICIAS NUESTRAS 39

AUTOR DE LA ILUSTRACIÓN DE LA PORTADA: RICHARD MANNING.

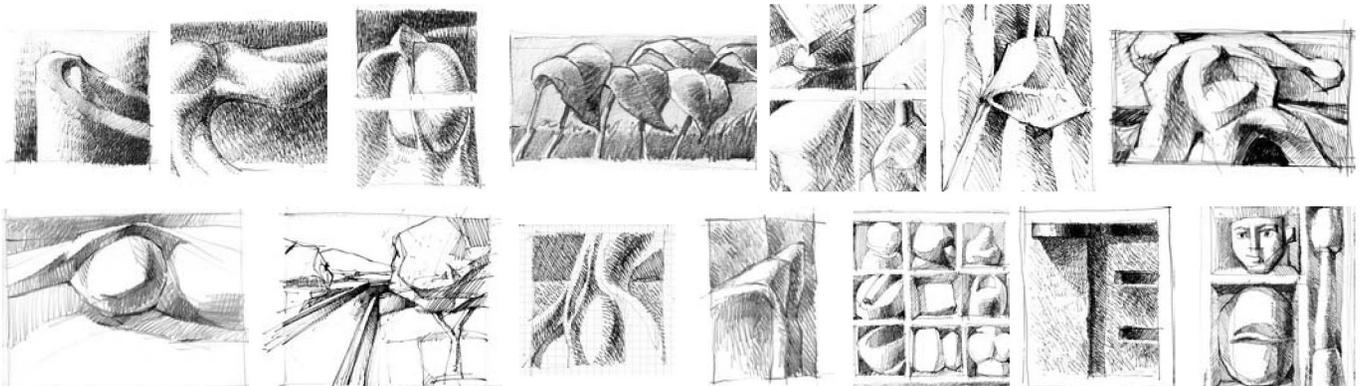
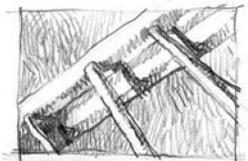
FRASE DE LA PORTADA: BLAISE PASCAL

BOCETOS: LUIS ALBERTO PORTILLA. Probablemente sea en el boceto donde encuentro mi obra artística más auténtica. Siento que la espontaneidad, la ingenuidad, la libertad con que los dibujo hacen de ellos algo esencialmente puro.

En mi caso, garabatear bocetos es la parte que más satisfacciones me da. Cuando estoy pintando un cuadro, como obra final, que pretende ser objeto digno de exposición, estoy inquieto, me preocupa cada trazo y todo es tensión e incertidumbre. Es un proceso que sólo me satisface cuando el resultado final es el pretendido. La mayoría de las veces dar un cuadro por acabado supone muchas jornadas infructuosas. No os podéis hacer idea de lo frustrante que puede ser trabajar y trabajar sobre la misma superficie y no encontrar allí un ser con vida, no encontrar en el cuadro la vida que tiene ese boceto del que estás partiendo, de esos cuatro garabatos que sí la tienen.

Por el contrario, tener un cuaderno sobre las rodillas y preparar bocetos me produce un estado de tranquilidad y agrado que cualquiera envidiaría.

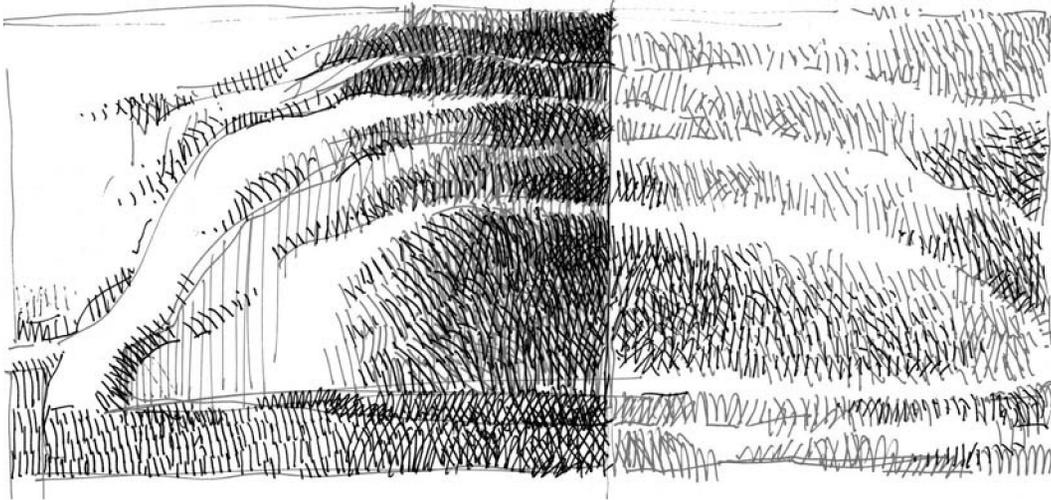
Entre estos bocetos que os presento, algunos ya han crecido para ser un cuadro, otros lo serán. Quién sabe. Los he seleccionado porque creo que tienen el carácter y la expresividad suficiente como para transmitir la esencia y la intención que pretendo de la obra de arte final.





FERNANDO

José M.^a
IZARRA



■ Siempre le había parecido una mala canción, dulzona y rancia, para bailar (agarrados, bien es cierto) más que para escuchar, entre otras cosas porque no entendía ni papa de inglés. Tal vez por el tono y por el título, se había hecho idea de que hablaba de las cuitas de amor de una doncella despechada. Pero era la única canción, que él supiese, que mostraba a un tal Fernando en el título y, por añadidura y con función apelativa, en bastantes pasajes de la letra, y así la eligió para homenajear al amigo homónimo (sonaría de fondo en todos los actos que se celebraran en su honor) con motivo de... no de su jubilación, porque no se jubilaba (no tenía la edad), de su marcha, simplemente dejaba de trabajar. Seguro que había pillado alguna herencia enjundiosa o algún premio gordo en las loterías o en las quinielas, y se había callado como un muerto. ¿O es que iba a vivir de los ahorros y entonces no confiaba en durar mucho, o es que había

encontrado otro empleo mejor retribuido? Y, puesto que la canción dichosa iba a volver a zumbiar en sus vidas, pensó que no estaría de más saber de lo que trataba. Dio a traducir la letra y se quedó pasmado. Un hombre longevo recuerda, teniendo como interlocutor mudo a su compadre Fernando (“¿Puedes escuchar los tambores, Fernando?”), sus vivencias de juventud (“... estábamos llenos de vida...”), como soldados del ejército de México (“... y ninguno de nosotros // estaba preparado para morir...”) en la guerra de intervención estadounidense en el país citado (1846-1848), más concretamente, en la batalla de Río Grande, en la que se enfrentaron los generales Ampudia y Taylor, y en la que los mexicanos obtuvieron una victoria pírrica. (“Había algo en el aire aquella noche. //... Las estrellas eran luminosas, Fernando. // Y brillaban por ti y por mí; // por nuestra libertad, Fernando..., // aunque nunca pensé que podríamos

perder...”). O sea, que era una canción con mensaje. Jamás lo hubiera dicho de ese grupo pareado: dos hombres y dos mujeres, ellos lechuguinos y ellas de muy buen ver, Abba, acrónimo formado por las iniciales de sus cuatro componentes. Empezaban con buen pie (no era él sólo, Rem, Remi, Remigio, el que estaba embarcado en aquella empresa, aunque todavía no había hecho partícipes del feliz descubrimiento a los demás implicados). A ver si todos los preparativos y vicisitudes hasta llegar al día D y momento M les deparaban tan agradables sorpresas.

Al ser el primero en concebir una idea, Rem convocó al resto a una reunión en el reservado de la taberna de La Hilaria. *Fernando* como *leit motiv*, después de haber escuchado la traducción, les pareció a todos un puntazo. Hombre, alguien sugirió que las paredes de la habitación, sala o tienda de campaña donde se celebrara la fiesta y las del comedor del restaurante, para que nadie se llamase a engaño o, mejor dicho, para que todo el mundo situase la música, deberían ir decoradas con las estrofas de la canción en el mejor castellano posible. Se aprobó la moción por mayoría. Tras lo cual se hizo el silencio. A nadie se le ocurrieron más ideas. Se decidió entonces levantar la sesión, no sin antes haber acordado una nueva para dentro de siete jornadas, a la misma hora, en el mismo lugar, con el siguiente orden del día: punto único, “*Brainstorming* para un homenaje” (sic).

En el plazo establecido se reunieron los conjurados en asamblea plenaria. Levantó la mano y comenzó el turno Lito o Carlitos, Carlos en el acta bautismal. Lo retratarán sus palabras:

–Pienso que, antes de nada, tendríamos que fijar unas líneas maestras para que nadie se vaya por las ramas; me explico, en todo homenaje hay regalo o regalos,

comida de hermandad, discurso o discursos, bromas y otros. Formulo tal guión para el normal desarrollo de esta asamblea. Aparte, sería conveniente que alguien hiciera de secretario para que luego no haya olvidos. Yo estoy dispuesto a desempeñar esa tarea, árida donde las haya, a no ser que alguien se preste voluntario, en cuyo caso le cedo gustoso el testigo.

–¡Joder, macho! –le contestó Kikorro, cincuentón, pero todavía imberbe–. Se nota a la legua que tienes una formación marxista: orden, concierto y manipulación. Asimismo, me pega que no tienes ni puta idea de inglés. *Brainstorming* significa tormenta de ideas, esto es, todo lo contrario de lo que tú propones. –Se interrumpió brevemente–. De todos modos, me parece bien que hagas de secretario. Cuentas con mi respaldo y, llegada la vicisitud, con mi voto.

–¡Menos bla bla y más enjundia! –exclamó Ata (Torcuata), a la que se le desparramaban las carnes por los laterales de la silla de brazos. Prosiguió a continuación–: Quiero decir, hemos venido a lo que hemos venido, y todavía no he visto ni un solo relámpago ni he oído ni un solo trueno... ¡Empecemos ya, coño!

–Podríamos ir disfrazados –Edu o Dardo, Eduardo, como es fácilmente deducible.

–Sí, tú de Mariquita Pérez –Ata.

–No estaría mal que, a los postres, entrara una tarta de esas gigantes de cuyo interior saliera una stripper –Larios, también Gin, Hilario y bebedor de una sola marca.

–¿Y si le escenificáramos un cuento personalizado? –María de las Nieves, Marinieves, zangolotina y coja (arrastraba el pie izquierdo), la Quitanieves a sus espaldas.

–No digas más –la atajó Kikorro–, y tú harías de Clara, la amiga de Heidi, y



Rogelio haría de abuelo, el cual se llamaría Fernando... ¿me equivoco?

La Quitanieves hizo un puchero, pero no dijo nada. Rogelio, Róger para los amigos, en cambio, sí:

–Tu puta madre.

–Yo propongo –intervino Lito de nuevo– que le regalemos una bandeja de plata, con una frase alusiva al motivo del homenaje. Bien es verdad que desconocemos cuál es exactamente el motivo; pero, a los efectos de grabar la bandeja, y ya que no se trata de boda, bautizo o deceso, podríamos imaginarnos que es la jubilación. Y así, cabría inscribir: “El secreto de una buena vejez no es otra cosa que un pacto honrado con la soledad.” (Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*.)

–Demasiado académica –repuso Kikorro–. Yo prefiero: “El joven conoce las reglas, pero el viejo las excepciones.”

– Y yo: “Si te cansas de un amigo, préstale dinero.” –Ata.

– Y yo: “Para llevar una vida feliz, es esencial cierta capacidad de tolerancia al aburrimiento. La vida de los grandes hombres sólo ha sido emocionante durante unos pocos minutos trascendentales. Una generación que no soporta el aburrimiento será una generación de hombres de escasa valía.” (Bertrand Russell) –Vili, Servilio.

–Demasiado atrevidas para mi manera de pensar –opinó la Quitanieves–. A mí me gusta mucho ésta: “Que la vida te sea leve y el viento te sople de espalda.”

–¡Que horterada! –profirió Róger, que obtuvo el beneplácito de la mayoría. Acallados los vítores, continuó con lo que tenía pensado decir–: Yo apuesto por la siguiente, se la escuché a Pepe Isbert en *La gran familia*: “Jubilado..., jorobado.”

–Votemos –propuso Carlitos.

Primera vuelta: empate a un voto entre todas las enunciadas; dos votos nulos.

Segunda vuelta: empate a dos entre las de Róger, Ata y Kikorro, y uno para la de Vili; dos votos nulos.

Tercera vuelta: cuatro votos para la de Ata y tres para la de Kikorro; dos votos nulos.

–¡Que conste en acta! –casi gritó la ganadora, dando un golpe con el puño en la mesa.

–Queda constancia –confirmó Lito, contento de que nadie le disputara el papel de secretario. Añadió–: Tenemos la música, la bandeja y la frase... ¿Algún otro regalo?... Prosigamos con la *brainstorming*.

–¿Qué os parece si el banquete lo hacemos en la cantina de Villalonguejar, plato único, una olla podrida? –se arrancó Kikorro.

–¡Qué vulgaridad! –dijo la Quitanieves, con gesto de repugnancia–. Yo prefiero ir a un vegetariano.

–Bueno, además –moderó Lito–, no es conveniente que salgamos de la urbe. Por varias razones: hay que utilizar vehículos para desplazarse, los conductores tienen que abstenerse de beber (salvo que quieran perder carnet y hacienda) y se corre el riesgo de accidente. En resumidas cuentas: opino que la comida ha de celebrarse en un restaurante de la ciudad, a ser posible céntrico; en cualquier caso, en el que nos ofrezca mayor variedad y mejor precio.

–¿Y por qué no vamos a un asador? Lechuga y cordero para todos –sugirió Ata.

–¿Y por qué no a una pizzería? ¡No te jode!– se escandalizó Larios.

–¡Hombre! Yo opino –apuntó Vili– que, siendo un banquete en homenaje a nuestro amantísimo Fernando (también Fer o Nando), deberíamos ir todos al

menú que a éste más le agradara. –Hizo una pausa para carraspear–. Todos conocemos su afición por los medallones de ballenato, los filetes de pez espada y los churrascos de ternera. Eso en cuanto a sólidos. Para acompañar, desde luego, clarete. No le habréis visto beber otra cosa. –Es razonable –dijo Lito.

De la misma manera se manifestaron al unísono Rem y Dardo, que hasta ese momento habían permanecido con la boca cerrada.

–¿De acuerdo? –inquirió Lito, mirando al tendido–. Bien, pues entonces ya tenemos el menú: de primero, entrantes varios; de segundo, a elegir: medallón de ballena, filete de pez espada o churrasco de ternera. De postre, el de la casa. Para acompañar, cosechero clarete de la Ribera. Y como remate, champán, café y licores. ¿Os parece?

–Puede valer –Kikorro y Vili.

–De postre, yo quiero fresas con nata –la Quitanieves.

Edu, Larios y Róger:

–Da para un buen provecho.

–Sea –Ata y Rem.

Lito anotó algo en el “cuaderno de actas” y, seguidamente, quitándose las antiparras con la izquierda mientras con la otra sostenía el bolígrafo, habló en los siguientes términos:

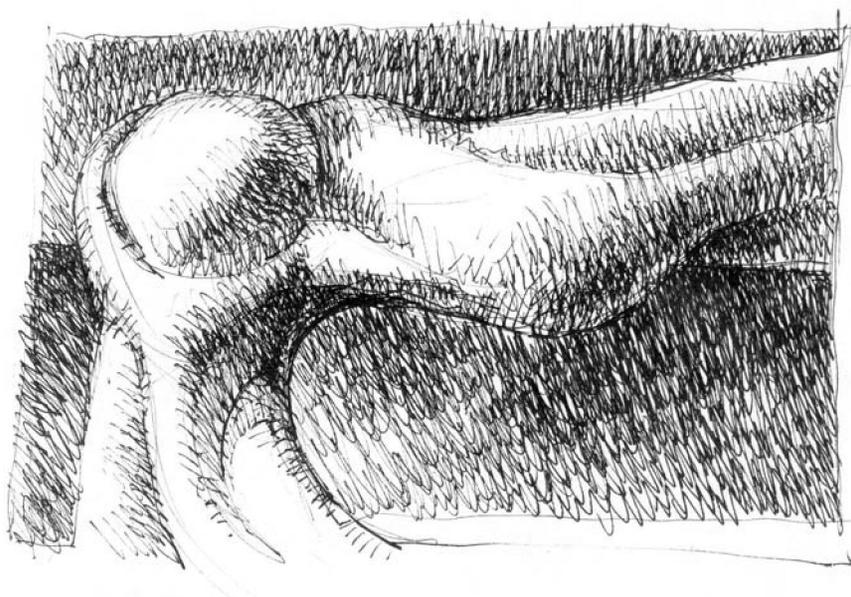
–Bien. Ahora podemos tratar el tema de los discursos... ¿Cuántos? Uno, más de uno, extensión, contenido... En fin...

–Yo –dijo Larios–, si tuviera que pronunciar uno, lo comenzaría con la siguiente frase de Groucho Marx: “Partiendo de la nada, hemos alcanzado las más altas cotas de miseria.”

–Sinceramente, juzgo que el comienzo más a propósito para el discurso de que se trata sería: “Cuando tengo que optar entre dos males, siempre prefiero aquél que no he probado” –habló Rem–. Y, de paso, Mae West se une a la fiesta, lo cual es una garantía de diversión.

–Pues a mí me gustaría encabezarlo con una cita de Paolo Coelho –exteriorizó la Quitanieves–: “Cuando Dios quiere enloquecer a alguien, satisface todos sus deseos.”

Silbidos, abucheos, bronca. Hubo uno que hasta le lanzó un zapato, emulando al periodista que quiso calzar a Bush.





–En el supuesto de que ese día se me ocurra decir algo –interrumpió Kikorro–, indudablemente comenzaré parafraseando a Woody Allen, tal que así: Nando, a partir de hoy debes ir interesándote por el futuro porque es el sitio donde vas a pasar los restantes años de tu vida.

Mientras tanto, Fernando, ajeno a estos saraos, hacía su vida normal, si bien ya se maliciaba de que su círculo más próximo de amistades y compañeros de trabajo le estaban preparando una encerrona. Muy silenciosos andaban ellos, mucho mirar para otro lado y silbar cuando se cruzaban con él. Pues iban a tenerlo claro. No había sido nunca protagonista y no pensaba serlo jamás, al menos de una manera impuesta; a su modo, pudiera ser.

“Can you hear the drums, Fernando”;
–empezó a sonar un teléfono móvil. En seguida se delató Vili.

–¿Aló?

Colocando la mano en el micrófono, se dirigió a la asamblea:

–Es Fer. ¿Qué le digo?

–Entérate, primero, para qué te llama

–Kikorro, que, espontáneamente, se había erigido en portavoz del grupo.

–¿Qué pasa, Fer, qué se te ofrece?

–Me pregunta que dónde estamos.

–Dile que estás solo y que no estás aquí.

–Estoy solo, y ahora mismo estoy esperando el autobús.

–Dice que si estoy solo por qué tardo tanto en contestar, que parece que os estuviera consultando.

–Dile que haces esos apartes para toser discretamente y no transmitirle por el tubo los virus de la gripe A. ¡Ah! Y pregúntale a él que si está en casa o en la calle, y si está en la calle, en qué calle.

–¿Y para qué lo voy a someter a semejante interrogatorio?

–Para poder esquivarlo cuando salgamos de aquí.

–Verás, Fernando, es que me he pescado un gripón, y siguiendo los consejos de las autoridades sanitarias, con la Trini de adalid, cada vez que voy a esputar me aparto del micrófono y me tapo la boca y la nariz con una bufanda. Ni que decir tiene que, en cuanto acabe de hablar contigo, la incineraré. Oye, ¿y tú desde dónde me llamas?

–Estoy en el bar Salinas, tomándome un vinito.

–Dice que está tomándose un vino en el Salinas.

–Tírale de la lengua, a ver qué planes tiene y adónde va a ir a continuación.

– ...

–Me ha dicho que a mí qué me importa y que no nos molestemos en prepararle nada.

–Dile...

–Me ha colgado –lo interrumpió Vili.

–Bueno –aprovechó Lito la circunstancia para alzar la voz–, si os parece, podemos continuar. Estábamos con lo del discurso...

–Sí, y no habíamos llegado a ninguna parte –apostilló Rem.

–Tengo un sueño... ¡Hoy tengo un sueño!
–se desperezó Edu.

–Pero ¿qué dices, nem? ¿Se te ha ido la pinza? –lo atajó Ata.

–Simplemente he repetido –repuso Edu– la frase de la que toma su nombre el más famoso discurso de Martin Luther King. Estimo que podríamos reducirlo y adaptarlo a nuestras necesidades.

–¡Coño! Buena idea –intervino Kikorro. Dirigiéndose a Edu–: Tú te encargas. –A Carlitos–: Toma nota. –Al conjunto–: Conformes, ¿no es así? Bien. Entonces ya hemos hecho bastante por hoy. ¿Nos vamos?

–Faltan muchas cosas por considerar
–protestó Lito.

–Ya. Pero esto es un coñazo, y llevamos mucho tiempo para no resolver nada, o por lo menos a mí me lo ha parecido –se quejó Kikorro–. Mejor lo dejamos para otra fecha. Venga, para dentro de siete días, a la misma hora. Aquí. En esa reunión ya perfilaremos hasta el último detalle, y, si no, aún dispondremos de una semana de margen para ir rematando.

–¿De acuerdo? –indagó Lito.

Ruido de sillas y sonidos de aprobación. Desbandada general hacia la puerta de la calle.

–¡Con cien ojos! –gritó Kikorro–. No vaya a ser que nos demos de bruces con el interfecto. –Breve silencio. Hizo, a continuación, la siguiente advertencia–: Y, si así fuera, disimular. Y los que sois sus compañeros de trabajo ya podéis inventaros una buena coartada para cuando os pregunte mañana. Desde luego, no hemos estado juntos ni hemos hablado por teléfono.

No tuvieron que sortear al mentado en su camino de regreso a sus respectivos domicilios. Sin embargo, Vili, Edu y Rem, compañeros de trabajo de Fernando, sí que tuvieron que soportar las acometidas de éste al día siguiente. Edu y Rem se defendieron pasablemente y no soltaron prenda, aunque su actitud no sirvió sino para que acrecieran los recelos que su antagonista albergaba. Vili, buenazo, blando de carácter, no pudo aguantar el cuerpo a cuerpo al que lo sometió Fer, si no me lo cuentas te pego una patada en los huevos, y acabó cantando:

–Vale; te lo cuento, pero no digas nada.

Y le contó que andaban reuniéndose para organizarle un homenaje, pequeño, cosa de nada, no te preocupes, casi ni lo vas a notar.

Fer no quiso presionar más a Vili. Al fin y al cabo, le había dicho lo que quería saber. Ahora a ver qué excusa se inventaba para no acudir al currelo en su último día de trabajo. ¿Pretextaría enfermedad? ¿Se atiborraría de tizas para que se le desatara la fiebre? ¿Sería verdad que, según decían los especialistas en fugas de sus años escolares, comer tiza eleva rápidamente la temperatura corporal de modo pasajero? ¿En el caso de que surtiera tal efecto, tal ingesta no traería aparejadas más secuelas perniciosas? Decididamente no iba a poner en riesgo su salud para librarse de un homenaje. ¿O tal vez sí? Quién ataba cabos. Si no era capaz de idear otro ardid, tal vez recurriera a la cal. Pero no había de qué preocuparse. Se le venían a las mientes muchas formas de eludir el compromiso. Podría sacarse de la manga un viaje al otro lado del océano para asistir al entierro de un tío en América. Aunque ésta no iba a colar. Tenía dicho mil veces que por nada del mundo se montaría en un barco o en un avión. También podría inventarse una cita ineludible con una mujer fatal. Dada su trayectoria ascética, casi mística, ésta iba a colar aún menos. Bien es verdad que había milagros de última hora. Pero no, mejor no tentar a la suerte, no fuera a ser que, en efecto, se produjera el milagro, con lo que sería peor el remedio que la enfermedad. Mejor un homenaje que una mujer fatal. Vamos, sin duda alguna. Asimismo podría llamar a Kikorro o Ata, que, con total seguridad, se habrían convertido en los cabecillas de aquel movimiento, y decirles simplemente que no, que ni siquiera lo intentaran, mas no valía para decir que no y menos a dos botarates como ellos, tan simpáticos y con tanto poder de convicción. También podría fingir, antes de que llegase el día, un súbito ataque de enemistad con todos y cada uno de quienes iban a homenajearlo. Pero no, hasta ahí no



llegaban sus dotes de fingidor. Mira por dónde, a lo peor tenía que volver a considerar lo de la tiza. Mira por dónde. Sea como fuere, todavía le restaba tiempo para urdir la treta que le permitiera escapar con gallardía de aquel atolladero.

Por otra parte, Edu ya había comenzado a trabajar en el discurso de marras:

“Hoy, Fernando, amigo, se ha desmoronado el sueño que hemos venido alimentando durante tantos días, un sueño enraizado en lo más profundo de nuestros corazones, un sueño nada extravagante: el sueño de que, de ninguna manera, llegara este momento.

“Soñábamos que tú rejuvenecías lo suficiente y nosotros envejecíamos lo necesario para igualarte tú en estulticia con nosotros y nosotros en sabiduría contigo. (¿No suena demasiado a jubilación? Revisar.)

“Soñábamos que justamente hoy nos ibas a sorprender con la suspensión de este acto, al haberse diluido la circunstancia que lo motivaba.

“Soñábamos que un día nos embarcaríamos todos juntos rumbo a La Patagonia con el único fin de escupirnos amistosamente con las llamas, y ya no podrá ser.

“¡Hoy se ha desmoronado nuestro sueño!

“Soñábamos que, contigo al frente, expoliábamos las bibliotecas y nos hacíamos de oro en el mercado negro.

“Soñábamos, para alivio de nuestra despierta conciencia, que, en realidad, no habíamos perpetrado tal expolio, aunque seguíamos

haciéndonos de oro en el mercado negro vendiendo incunables y primeras ediciones.

“Soñábamos que nos hacíamos de oro en el mercado negro vendiendo los libros falsos del aparentado expolio.

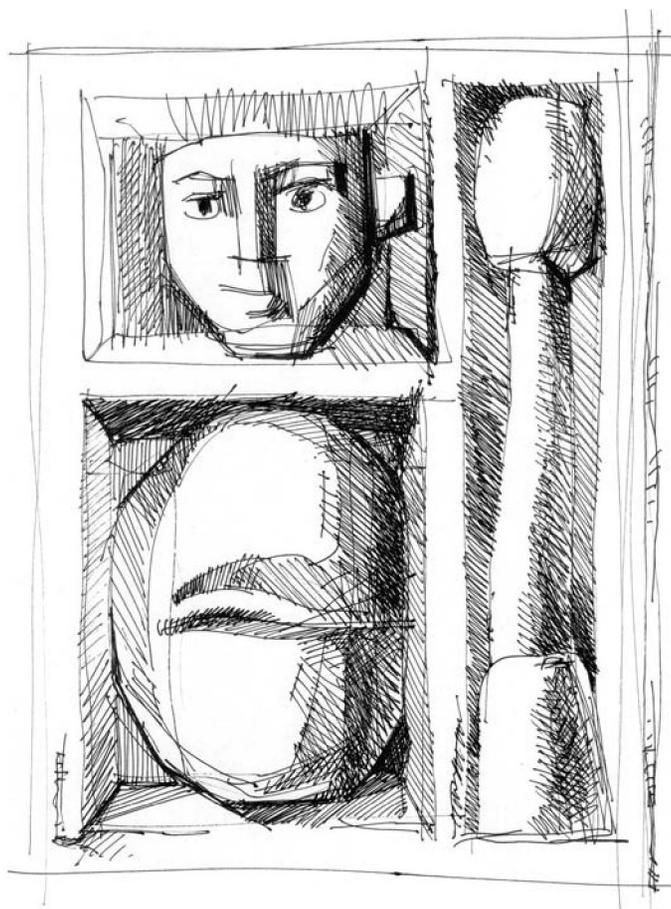
“Soñábamos que los malos sueños tenían enmienda.

“¡Hoy se ha desmoronado nuestro sueño!

“Soñábamos que nos convencías de que nosotros éramos los buenos y, en consecuencia, nos sonreía la victoria frente a quienes nos habían hecho creer que éramos los malos.

“Soñábamos que, cuando perdíamos, también éramos los buenos.

“Soñábamos, no obstante, que nuestros adversarios soñaban lo mismo que nosotros.



“Pero soñábamos que nuestros adversarios estaban errados.

“¡Hoy se ha desmoronado nuestro sueño!

“Soñábamos que te convertías en nuestro jefe y nos subías el sueldo casi el cien por cien.

“¡Hoy se ha desmoronado nuestro sueño!

“Soñábamos que te convertías en nuestro jefe y nos hacías todo el trabajo.

“Como un castillo de arena, ¡hoy se ha desmoronado nuestro sueño!

“Soñábamos que en un futuro próximo nos dirías que fumar y beber eran sumamente beneficiosos para la salud.

“Soñábamos con que nos darías la buena nueva de que la vejez y miserias aparejadas habían sido abolidas.

“Soñábamos con que, por tu mediación, los médicos aceptarían dedicarse a otra cosa y, consecuentemente, en muy breve plazo quedaría erradicada la enfermedad en el mundo.

“Soñábamos, en fin, que nunca nos plantarías.

“¡Hoy se ha desmoronado nuestro sueño!

“¡Hoy se ha desmoronado nuestro sueño!

“Porque creíamos firmemente que tú, al contrario que Dios, no nos desampararías.

“Como un castillo de arena, ¡hoy se ha desmoronado nuestro sueño!”

Con algunos retoques, un poco de tijera y los añadidos pertinentes, podría valer. Lo sometería al juicio de los asistentes en la próxima y seguramente última reunión, a dos días vista.

La tarea que Dardo había casi culminado no era nada con la que estaba llevando a efecto Lito. En un triple frente: pasando a limpio y puliendo la forma del acta de la reunión pasada, pergeñando el orden del día de la próxima y tratando de elaborar un programa de actos coherente para el día D.

Por lo que respecta al acta, dudaba de si seguir en la narración el orden cronológico o el subjetivo; de si enumerar los puntos o introducirlos por un “ítem”; de si escribirla únicamente en español o también en las demás lenguas oficiales del Estado; de si nombrar a los intervinientes por el nombre completo o por el reducido; de si distribuir equitativamente las bes y las uves o emplear solamente unas en detrimento de las otras (total, iba a leerse lo mismo); en fin, tendría que decidirse.

Para confeccionar el orden del día había, primeramente, relacionado en un esquema los acuerdos alcanzados en la reunión anterior, así como (entre signos de interrogación) las sugerencias que se quedaron en tales, esto es, que no recibieron adhesiones entusiastas ni provocaron disidencias rotundas:

“Canción *Fernando* de Abba.

“¿Disfraces?

“¿Tarta gigante con stripper dentro?

“¿Cuento personalizado?

“Regalo: bandeja de plata con la inscripción “si te cansas de un amigo, préstale dinero”.

“Menú: de primero, entrantes varios; de segundo, medallón de ballena, filete de pez espada o churrasco de ternera; de postre, tarta gigante o, en su defecto, el de la casa; fresas con nata para la Quitanieves. Vino clarete de la Ribera, champán, café y licores.

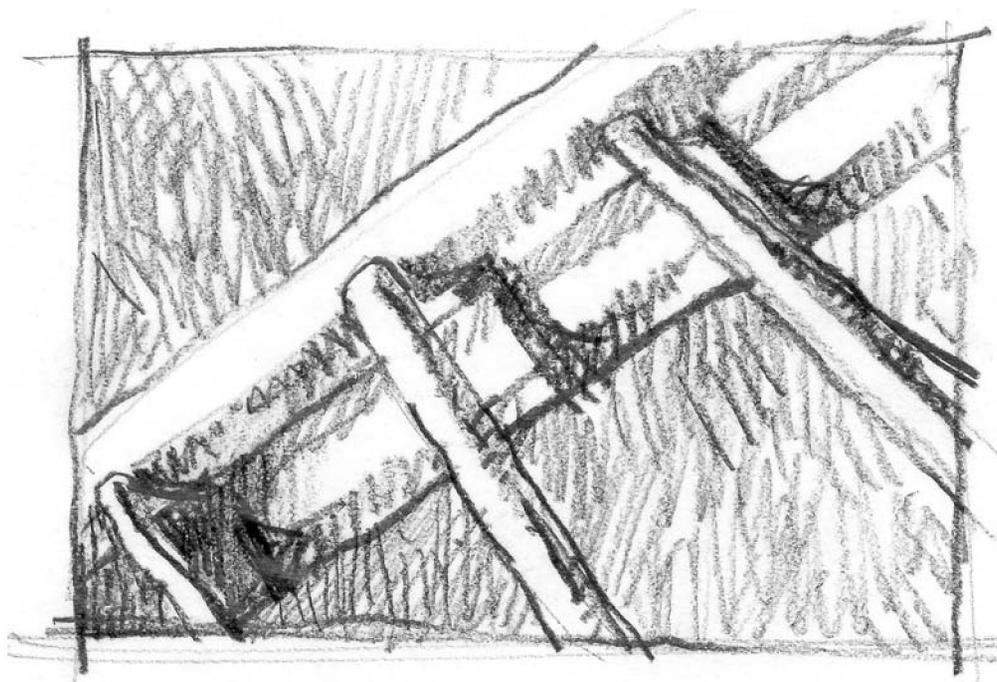
“Discurso a cargo de Edu.”

A la vista de la relación precedente, acometió el esbozo del orden del día:

“PRIMERO.-Lectura del acta de la reunión anterior.

“SEGUNDO.-Votación de las cuestiones pendientes.

“TERCERO.- Presupuestos, financiación y pagos.



“CUARTO.-Programación (estaba bosquejando un *planning*).

“QUINTO.-Flecos.

“SEXTO.-Ruegos y preguntas.

“SÉPTIMO.-Brindis de la suerte.”

Simultáneamente, como ya se refería en el punto cuarto, había ido dibujando un *planning* del día D:

“09:00 Diana. A cargo de Remi y Róger, pito y tamboril respectivamente, alumnos aventajados de la Escuela Municipal de Dulzaina. Entre pieza y pieza, galletas Reglero y orujo de hierbas Casajús.

“10:00 Desayuno en la sala de juntas de la BPSJ. Chocolate y porras.

“11:00 Misa para los creyentes y fútbolín para los agnósticos. Tanto la consagración de la Sagrada Forma como los goles se ofrecerán a la salud del homenajeado.

“12:00 Procesión y cohetería. Los católicos practicantes desde la Iglesia, los agnósticos desde la sala de juegos, partirán hacia el punto de encuentro, Plaza Mayor, donde tendrá lugar un baile vermut amenizado con música de la

orquesta de Glenn Miller aireada por la megafonía del Ayuntamiento.

“15:00 Comida de hermandad. A los postres, entrega del regalo o regalos y discurso o discursos. En la sobremesa, licores y cantes (no podrá faltar un jota navarra o aragonesa, a la que tan aficionados somos los castellanos viejos).

“18:00 Evacuación de los damnificados por el alcohol. Los supervivientes tratarán de ligar con Ata y Marínieves, caso de que se encuentren entre ellos.

“19:00 Los despechados, a ser posible en comandita con Fer, a esa alturas seguramente Nando, emprenderán una excursión por la zona de copas de la ciudad para, finalmente, coger un taxi y dirigirse hasta el kilómetro 234 de la Nacional I, donde visitarán, primero, La Bohème, galería de arte, a la derecha, y, posteriormente, el parque temático Islas Malvinas, a la izquierda.

“-:-”

Nadie podría echarle en cara que no había puesto el máximo empeño en la tarea para la que se había prestado

voluntario y para la que había obtenido el respaldo de sus pares. Ahora le tocaba cruzar los dedos. La reunión, la definitiva, la decisoria, estaba ahí, a la vuelta de la esquina. De cómo se desarrollara dependía el éxito o el fracaso del día D.

Cuando estuvieron todos en la saleta de reuniones, se sentaron formando corro. Lito sacó sus apuntes y un bolígrafo e hizo amago de comenzar.

–Ahórrate los prolegómenos y vete directo al grano –lo paró Kikorro.

–Bien. Dinero. Hay que aportar dinero para la intendencia: regalo, banquete y otros... Estimo que con 100 euros por menda podremos afrontar con ciertas garantías toda la organización.

–Yo sólo tengo cinco –se quejó Kikorro–. ¿Alguien me puede poner el resto? –hizo la ronda con la mirada, sin que nadie se la sostuviera– Larios, préstame 95, que tú bien puedes.

Larios no dijo nada, así que Kikorro entendió que le hacía el préstamo.

–Cien euros es mucha pasta, ¿no os parece? –chamulló Róger.

–Comprended que es lo mínimo si queremos hacer una fiestuqui mínimamente lucida –salió Ata en defensa del ponente–. Carlitos, porfa –intimó a éste–, adelántamelo tú y ya haremos cuentas. ¿Vale?

Carlitos rezongó, pero, finalmente, hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

Larios sacó la cartera y mostró dos billetes de 100 euros entre los dedos índice y corazón de su mano derecha.

–¿Quién hace de tesorero? –indagó.

–Lito –respondieron al unísono Kikorro y Ata.

Y Lito fue recibiendo de todos la cuota unánimemente aceptada. Finalmente, puso él los 200 apalabrados, y contó:

–Total: 900.

–¿Puedo? –preguntó Vili llevándose un cigarrillo a los labios.

–Que lo digan Marinieves y Lito. Los demás fumamos todos –se inmiscuyó Róger.

–A mí no me molesta –Lito.

–A mí sí –la Quitanieves.

–Ergo... no se puede fumar –intervino Róger de nuevo.

–Cuestiones pendientes –alzó Lito la voz–: disfraces, tarta gigante con stripper y cuento personalizado.

–Sí a la tarta –afirmó Kikorro.

–¿Sí? –sondeó Lito

–Sí –contestaron todos.

–Yo quiero escenificar un cuento en la sobremesa –habló la Quitanieves.

–¿Qué? –dijo Lito.

Todos se encogieron de hombros.

–Marinieves escenificará un cuento en la sobremesa –deletreó Lito mientras lo caligrafiaba en el papel.

–¿Y de los disfraces qué?

Se miraron unos a otros, y la mayoría se encogió de hombros.

–Yo voy a disfrazarme de Darwin

–profirió Róger.

–¡Coño! Pues yo de Edgar Allan Poe –se expresó Remi.

–En conclusión –declaró Lito–: disfraz optativo. –Y prosiguió seguidamente–: Bueno, resuelta la pendencia, sería conveniente que pasáramos a discutir el horario y actividades del día de autos. Os voy a dar una fotocopia con el programa que me he permitido delinear –se levanta y la reparte– para que nos sirva de referencia a la hora de fijar el definitivo.

Tras breves instantes de silencio, Dardo tomó la palabra:



–A la vista del programa, habrá que oficiar a la Administración para que declaren feriado el día D.

–Yo había dado por supuesto que todos íbamos a pedir permiso para ese día –se defendió Lito, con cierto respe–. Ahora bien, si queréis –expuso–, dejamos sólo los actos de la tarde a partir del almuerzo.

–No, no. Ni tocarlo –opinó Ata–. Nos tomamos un día de fiesta. La ocasión lo merece.

Guirigay de aquiescencia.

–¡Se callen, coño! –vociferó Kikorro. Comprobada la efectividad de su mandato, alegó–: La diana, que yo sepa, se toca cuando el destinatario está todavía en el lecho y, preferiblemente, durmiendo, puesto que su misión es la de despertar, y Fer, a las nueve, ya está aseado, desayunado y trabajando o, en su defecto, por qué no, tocándose el nabo. Quiero decir, o la adelantamos a las siete o nos quedamos sin poder darla.

–Es verdad. No había caído –se disculpó Carlitos–. Había elegido las nueve porque es una hora bastante amable... para no molestar; pero, claro, la diana es para despertar y festejar a la víctima.

–Dirigiéndose a Dardo–: La adelantamos a las siete, ¿hace?

Asentimiento general.

–Una curiosidad –levantó Larios el dedo–, ¿va a ir alguien a misa?

–Qué cosas tienes –le reprochó Róger con retranca–. Todos, menos Marinieves.

–¡Ya será al revés! –saltó la Quitanieves, muy repipi ella.

–En otro orden de cosas, ¿por quién, cómo y en qué medio de transporte, adónde van a ser evacuados los afectados por coma etílico? ¿Por legos o por sanitarios, en camilla y ambulancia, o remolcados por los hombros, a Urgencias o al domicilio conyugal o paterno? –se explayó Róger.

No encontró interlocutor, tal vez porque Ata, que llevaba un rato haciendo muecas y revolviéndose en la silla, irrumpió de golpe con voz desabrida, desviando la atención del auditorio:

–Me he estado mordiendo la lengua porque hasta este mismo instante dudaba de si marcharme con viento fresco de esta reunión, que apesta a testosterona, o permanecer y leeros la cartilla. ¡Pero qué es eso de que los que no hayan tenido que ser evacuados por coma etílico tratarán de ligar con Ata y Marinieves! ¡Machistas de mierda! ¡Vais a ligar con vuestra madre o con vuestra hermana! –Tomando aire–: ¡Y ya lo que me parece el colmo de la desfachatez es que los últimos de Filipinas se quieran llevar a Nando de putas! ¡Aberrante! No tengo otro calificativo.

–Pero eso lo dice Carlitos. No nos echéis la culpa a los demás –refutó Vili.

–¡Eso es lo que me subleva más todavía!... Que lo diga Carlitos, que es el más moderado. ¡Qué no hubierais escrito si lo hubieses pensado entre todos!

–¡Joder, Ata, no te sulfures! –le puso la mano en la espalda Róger.

–¡Cállate tú, y quita la mano de ahí, sobón! –le espetó sacudiéndole un codazo en los ijares.

Se guardó cuando menos un minuto de silencio: Ata, a la memoria de los muertos de sus compadres masculinos, y éstos, a la memoria de los muertos de Ata.

Fue Rem quien lo rompió:

–¿Algo por dilucidar?

–Creo que no hay nada más que hablar –se pronunció Kikorro.

–¡Hombre! Que yo sepa, aún no hemos contratado el menú y, dadas sus especiales características, hay que apalabrarlo con la debida antelación.

–Bueno, sí; pero de eso se encarga Lito. –Dirigiéndose a éste–: ¿A que sí, Lito?

–Mañana mismo. ¿Algún restaurante en particular?

–Mírate dos o tres, céntricos, eso sí, y haz la operación con el que ofrezca mejor relación calidad-servicio-instalaciones / precio –le asesoró Kikorro.

–Así lo haré. De hecho ya lo teníamos hablado. En fin, ruegos y preguntas.

La Quitanieves y Edu alzaron la mano.

–Tú primero –dijo Edu.

–¿La misa va a ser cantada o rezada? –preguntó sin más preámbulos la Quitanieves.

Abuceo casi general (sólo Lito guardó la compostura) y abandono apresurado de los asientos por parte de siete de los nueve individuos reunidos.

–¡Y qué lo mismo da, Marinieves! –le sermoneó Lito, en tono paternalista. Acto seguido, tras henchar los pulmones, alzó la voz al máximo para que lo oyeran los que se disponían a salir y comunicó al auditorio–: ¡Se levanta la sesión!

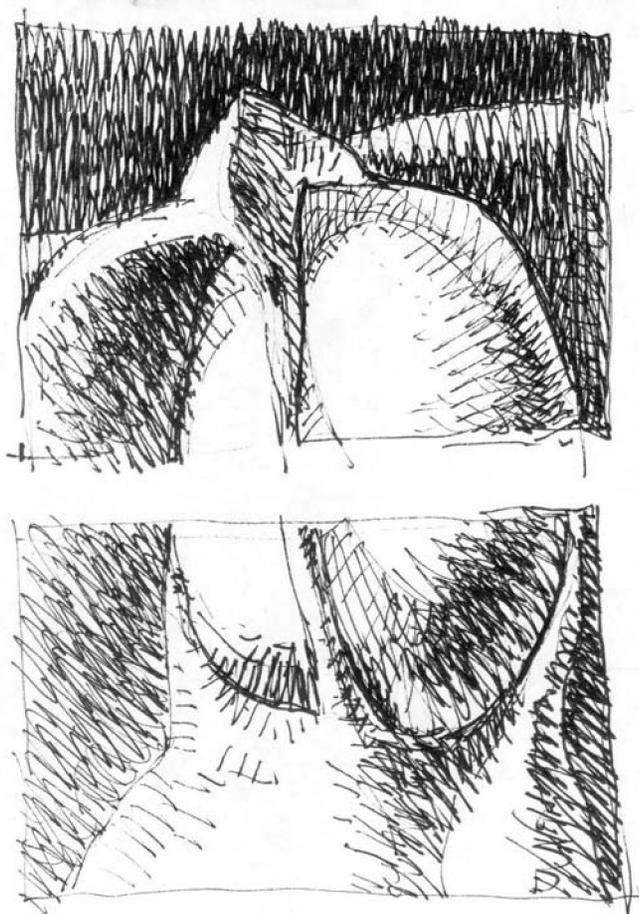
Sonó a reproche.

–¡Eh, un momento! –se desgañitó Edu– ¡Quería leeros el borrador de mi discurso!

–¡Por nuestra parte, puedes elevarlo a definitivo! –se oyó vocear a Kikorro.

–¡Síiiii! –gritaron quienes lo acompañaban, desde la calle.

Como es sabido, en el trabajo, y desde hacía un mes aproximadamente, Rem, Edu y Vili procuraban evitar a toda costa a Nando, aunque, de manera inexorable, a veces tenían que cruzarse con él, y entonces agachaban la cabeza, y Fer los



miraba revirado. No obstante, a falta de tres días para la fecha señalada, éste los abordó uno por uno.

–¿Qué tal te va, Remi, que últimamente eres muy caro de ver.– ¿No andarás conspirando contra mí, verdad?

–Can you hear the drums, Fernando? –le entonó.

–¿Y qué significa eso?

–Que oyes fantasmas donde no los hay.

Ya sospechaba Fernando que con Remi no había nada que hacer, pero tenía que intentarlo.

Lo mismo que con Edu.

–Hola, Edu. ¿Por qué de poco tiempo acá andas cabizbajo, cuando tú siempre te has caracterizado precisamente por ir tieso como un peluso, que parecía que te hubieses tragado el palo mayor del buque escuela “Juan Sebastián Elcano”?



–Será el otoño, ya que te puedo asegurar que hago pie en todos mis pensamientos.

–¿A qué te refieres?

–A que no son profundos en absoluto, más bien todo lo contrario.

–¡Ah! ¿Entonces es por eso por lo que puedo leer en ti que ya habéis rematado el programa para el jolgorio que tendrá lugar el día de mi marcha?

–Tú estás flipando. Ni sé nada ni quiero enterarme. A más, perdona que te diga, los contubernios judeo-masónicos sólo están en la imaginación de los que echan la culpa a los otros de sus propias torpezas, y en la pluma y en la lengua de los periodistas paniaguados que escriben o hablas a base de clichés, tipo... No voy a dar nombres. Mucho me temo que hay bastantes más de los que podría referirte, sobre todo porque, en un ejercicio de cinismo, omitiría a todos los que son de nuestra misma cuerda.

Ante tamaña demostración de confianza, Fer desistió de continuar indagando. Además, estaba seguro de que Vili cantaría.

–¿Qué hay, Vili?

–¡Huy, no te había visto!

–¿No será porque ibas mirando para otro lado?

–¿Yo?

–Vili, eres transparente, a mí no me envuelves. –Cambiando de tema–: ¿Qué se cuece acerca de lo mío?

–¡Jo! No me comprometas, Fer.

–No te preocupes, hombre, que sólo quiero saber a qué hora va a comenzar.

–Pronto.

–Pronto... ¿A qué hora? Si no me lo dices le cuento a todo el mundo lo de aquel día con Edu.

–Yo no estaba haciendo nada.

–Ya. Lo hacía él y tú te dejabas.

–Entonces yo desconocía que fuera...

–Bueno –lo interrumpió Fer–, canta, Vili, y no tendrás nada que temer.

–Iba a empezar a las nueve, pero como a esa hora tú ya estás más que despejado, lo hemos puesto a las siete de la mañana.

–Ves qué fácil. Así me gusta.

Le dio una fuerte palmada en la espalda.

El miércoles 30 de diciembre, la comitiva encabezada por Remi y Róger, disfrazados de Poe y Darwin, pito y tamboril respectivamente, seguidos, en fila india, por la Quitanieves, ataviada de monja redentorista, Kikorro, de mosquetero, Ata, de talibán, Lito, de fedatario dieciochesco, y Larios, Rem y Vili, de sí mismos, marchaba al amanecer, a los sonos del *Fernando* de Abba, en dirección al domicilio de Fer. A las siete en punto enfrentaban el portal del inmueble, se paraban y se dejaban de músicas.

–¿Qué hace ahí ese hombre? –preguntó Darwin volviendo la cabeza hacia atrás.

–Será un operario del agua, de la luz o del gas, que estará pegando un aviso de que van a cortar el fluido de tal a tal hora para realizar trabajos de desajuste en la red y así empeorar el servicio, aunque se manifiesten en términos opuestos –conjeturó Dardo.

–Vamos a acercarnos una pizca más –insinuó Poe a la vez que se ponía en movimiento.

Todos lo siguieron.

–¡Coño! Si parece una esquila –observó él mismo.

En ese preciso momento, el hombre que había pegado el aviso, esquila o lo que fuese, franqueaba la puerta para que saliera un ataúd porteado por otros dos individuos, que lo introdujeron en un furgón. Luego se subieron los tres a la

cabina y arrancaron a toda velocidad. Al pasar por delante de ellos pudieron ver que se trataba de un vehículo de color negro en cuyo lateral llevaba el siguiente rótulo en letra visigótica de color dorado: "U.T.E. FUNERARIAS LA MELGARENSE Y COSA NOSTRA."

-Ése no será de aquí -Vili, refiriéndose al finado.

-¿Por qué? -le replicó el fedatario.

-¡Hombre! Lo digo por la unión temporal de empresas funerarias, que no me suena de por estos pagos, a no ser que se haya constituido muy recientemente. La melgarense me recuerda a Melgar de Fernamental y Cosa Nostra... pues a Palermo, verbigracia. Pero no creo que vayan por ahí los tiros: cómo van a estar unidas las funerarias de dos poblaciones tan distantes como las señaladas. Cabría suponerlo si fueran limítrofes, pero así no, de ninguna manera.

-Bueno, y qué lo mismo da. Seguramente hay una explicación más sencilla

-expuso el mosquetero -: el difunto tendría contratado un seguro de vida y deceso con una compañía aseguradora, la cual, como es lógico, para optimizar ganancias, habrá encargado el servicio a quien se lo haya hecho más barato.

-A todo esto -terció la talibán-, ya van a ser la siete y cinco y todavía no hemos empezado con la diana.

-Hay una esquela -objetó la monja redentorista.

-Y qué. El muerto ya no nos oye -la rebatió la talibán.

-Esperad un poco. Voy a acercarme a ver si averiguo la identidad y circunstancias del difunto. No es lo mismo que se trate de una persona joven que de un anciano, de un casado que de un soltero, que tuviera hijos o que no -se extendió la monja redentorista.

-¡Ve, anda, ve! -la urgió Gin, Larios, que ya había vaciado la petaca licorera y empezaba a sentir las acometidas del mono.

La monja redentorista se apresuró a cruzar la calle, dejando tras de sí la estela ruidosa de su pata mala al arrastrarse por el asfalto.

-¡Es la esquela de Fer! -gritó después de frotarse los ojos con los puños y antes de caerse desmayada.

Todos corrieron a mirar la esquela, haciendo caso omiso de la yacente.

-Qué más pone. Léela en voz alta -se dirigió Darwin al fedatario, que se había quitado los lentes y tenía pegada la nariz al cristal.

-No tenía familia directa. Los padres están con la crucecita negra al lado y no figuran ni esposa, ni compañera sentimental ni hijos.

-¿Y entonces quién se ha hecho cargo de la momia? ¿Y cuándo y dónde va a ser el entierro? ¡Di! -lo atosigó el mosquetero.

-Por lo que respecta a la primera pregunta, me imagino que habrá sido algún pariente lejano o el albacea. En lo tocante a la segunda, aquí reza que la ceremonia civil "còrpore insepulto" se celebrará en la sala de juntas de la BPSJ, sociedad en la que prestaba sus servicios, a las cinco de la tarde.

-¡Coño! ¡Pero si era en ese ámbito donde íbamos a tomar el desayuno! Habrá que limpiar las paredes, porque ayer las adornamos con las estrofas de la canción de marras y con varios motivos mexicanos, sombreros, ponchos, jarapas, la bandera tricolor, la figura de Speedy González, dos ristras de chiles, un póster de Jorge Negrete, otro de María Félix, calacas mitoterías -se explayó Edu, mirando a Rem y Vili por haber sido sus cómplices en el maqueado de la sala, como buscando su anuencia.



-¡Las paredes no se tocan! -dijo el mosquetero llevándose la mano a la empuñadura de la espada de plástico. -Y añadió-: La ornamentación empleada sirve de igual modo para homenajear a un vivo que a un muerto.

-También es verdad -apoyó Darwin.

-Pues sí, bien mirado... -secundó Poe.

-No se hable más, se queda -sentenció el mosquetero.

-A propósito de quedarse -avisó el fedatario-, la monja sigue queda en el suelo.

-Sitúale el mechero debajo de la nariz y dale el gas a tope, que yo no sé que he hecho del mío -la talibán, a Poe, fumador compulsivo-. Verás como despierta.

En efecto, despertó... despavorida y desorientada:

-¿Por qué no ha sonado el despertador? ¿Qué hacéis vosotros en mi dormitorio?

-¡Cálmate, Marinieves! -la reconvino el mosquetero atizándole un sopapo bastante más sonoro y potente de lo usual en estos sucesos, como si le tuviera ganas y hubiese aprovechado la ocasión para que no pareciera un atentado.

Incluso así provocó una sonrisita mitad cómplice, mitad te hemos pillado el truco en la talibán y Darwin.

El reloj de la catedral anunció los tres cuartos.

-¡Las ocho menos cuarto! -exclamó el fedatario- ¿Y qué hacemos ahora?

-Vosotros... no sé. Yo me vuelvo a la cama -rezongó el mosquetero.

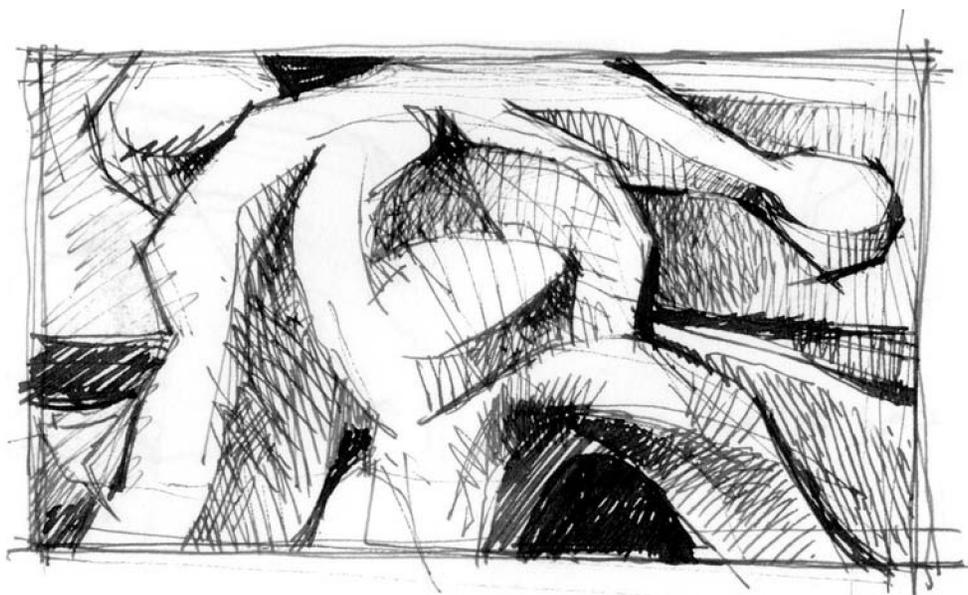
Se quitaron los disfraces, los metieron en bolsas de deporte, convinieron en juntarse a las cinco menos cinco de la tarde, a la entrada de la BPSJ, y luego se separaron.

-¡Lito! ¡Lito! -gritó Rem inesperadamente, cuando ya se habían distanciado unos cincuenta metros.

-¿Qué? -a voces. Por fortuna, le había oído.

-¡No se te olvide llamar al restaurante para cancelar el banquete! -a grito pelado.

Rem, Edu y Vili se dirigieron al curro, donde pudieron comprobar cómo la sala de juntas permanecía herméticamente cerrada y sin anuncio alguno en el tablón que indicara que allí se había instalado una capilla ardiente. Tampoco se atrevieron a preguntar, por si acaso



metían la pata. Esperarían acontecimientos a partir de las cinco en sombra de la tarde.

La primera en llegar a la cita fue la Quitanieves, que no se fiaba de su pierna ni de sus cálculos y prefería tener que esperar a que mandasen una patrulla a buscarla. Se identificaba con la tortuga del cuento, eso decía; se callaba que nada le hubiera gustado más que ser la liebre. Lo de la zorra: no están maduras.

Diez minutos más tarde y cinco antes de la hora acordada, como era su costumbre, llegó Carlitos, con su inseparable carpeta de cartón azul debajo del brazo.

Casi sin solución de continuidad, aparecieron Rem, Edu y Vili (siempre iban juntos), las manos en los bolsillos, el pitillo en la boca y dando algún que otro puntapié a un balón imaginario.

Justo a menos cinco, se personó Róger apurando una faria.

Como aún faltaba gente, decidieron esperar un rato.

Al filo de las cinco llegaron Kikorro y Ata, discutiendo acerca de las últimas medidas económicas del Gobierno: Ata estaba en contra, y Kikorro también, pero por razones diferentes. Aquélla porque abominaba de todos los gobiernos y, consiguientemente, de cualquier medida gubernamental; éste porque, entrando dentro de lo posible la existencia de un buen Gobierno, el actual era muy malo, y no sólo porque lo dijeran los obispos, porque así lo atestiguaban la mayor parte de sus actuaciones. No obstante, habían venido fumándose un canuto a medias.

Ya se disponían a entrar los allí congregados, dando a Gin por no comparecido, cuando apareció éste, llevaba un cigarrillo en la izquierda y otro de chupeta, ambos encendidos, y se tambaleaba.

Lo emparedaron en medio de la fila, para conservarlo derecho, y uno a uno, siguiendo a Edu, fueron traspasando el umbral de la puerta. Se dirigieron a la sala de juntas, que estaba abierta e iluminada con una luz débil y ambarina. Un hombre taciturno rondaba despaciosamente con las manos atrás y la cabeza gacha. ¿Algún pariente? ¿El albacea? Habían retirado la gran mesa central y los sillones que la circundaban, no así los adornos mexicanos de las paredes, y en el centro geométrico del espacio vacío habían colocado el catafalco sobre el que reposaba el ataúd con el difunto. Tenía abierta la sobretapa, acolchada en seda de color blanco, y sujeta por un trípode para que no se resintieran los goznes. La tapa era de cristal velado. Un letrero sobre un mecanismo con una ranura y una lucecita roja (¿un interruptor láser?) informaba a los dolientes: *“Insert coin 2 € por la redención de mi alma y para desvelar mi rostro durante 5 segundos.”*

–¿Queréis verlo? –tanteó Lito.

–No tengo ningún interés –Ata.

–Me adhiero a la respuesta –Kikorro.

–Yo quiero verlo –la Quitanieves.

–Habló la disidencia –comentó Ata.

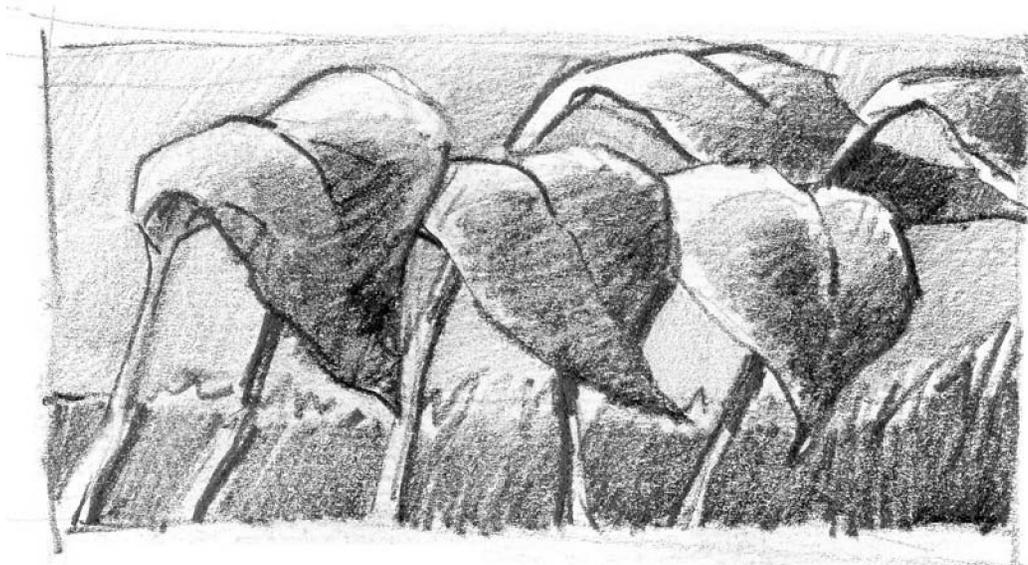
–Convendría mirar para asegurarnos de que se trata de nuestro Fer –planteó Remi–. Imaginaos que nos hubiesen metido gato por liebre.

–Muy acertada la comparación –le amonestó Róger.

–Yo también quiero verlo; entre otras razones, porque ésta va a ser la última vez –se decantó Edu.

–Bueno, pues venga, ¿a qué esperáis?, meted la moneda –se atropelló Kikorro.

–No llevo monedas de dos euros –dijo Edu.



-Yo tampoco -indicó la Quitanieves.

-A mí no me miréis -se desentendió Kikorro.

Nadie llevaba monedas de dos euros en el bolsillo.

-Carlitos, no te hagas el longuis -le recriminó Ata-. Tú eres el tesorero. Por cierto, ¿cuándo nos vas a devolver nuestra pastizara?

-Cuando queráis -contestó en orden inverso-. Pero no llevo ni una sola moneda encima. Todo son billetes.

-Pues corre a que te cambien -le indicó Róger.

Vili y Larios se mantenían ajenos a la diatriba. Bastante tenía Vili con sujetar a Larios, que daba cabezadas en el hombro de aquél.

-Disculpen que me inmiscuya, pero no he podido evitar oírles -se acercó al grupo el rondador misterioso-. Me llamo Sebastián, Sebas, y soy primo segundo y albacea testamentario de Fer. Si lo desean, puedo cambiarles.

Lito sacó la cartera y le entregó un billete de 20 euros. Sebas sacó la suya y fue

depositando en la mano de Lito moneda tras moneda de 2 euros hasta nueve.

-No tengo más. Hágase cuenta de que va a meter dos monedas en vez de una.

Lito no sabía qué actitud tomar; pero, acuciado por su amor propio, se obligó a decir lo primero que se le vino a la boca:

-Gracias, Sebas.

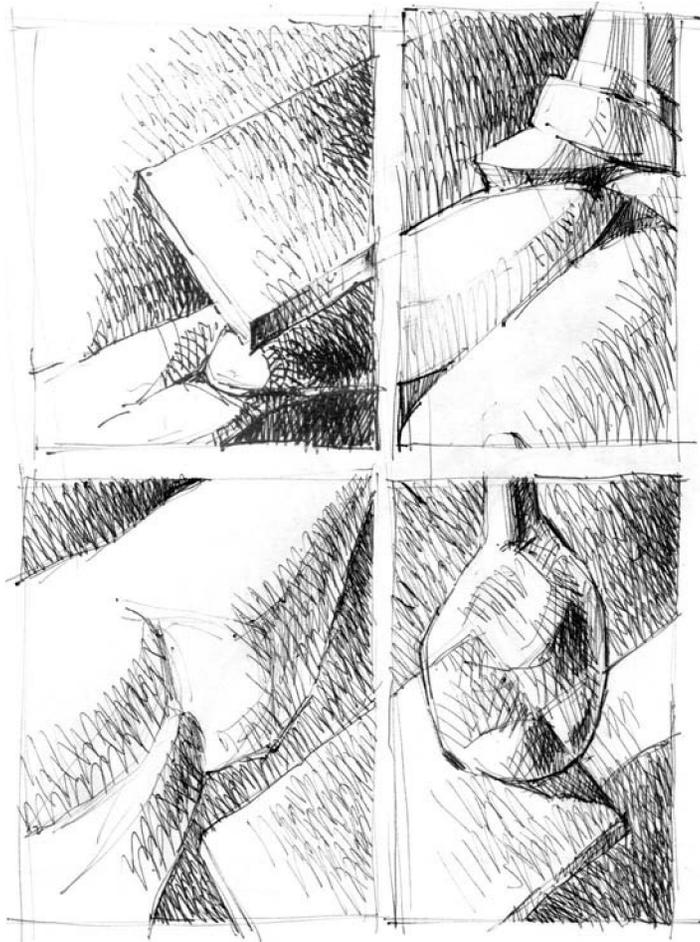
-¡Buen negocio, Lito! -lo jaleó Ata, a la que secundaron los demás.

Pasado el alboroto, lo apremiaron para que metiera la moneda y se dispusieron en torno al cajón. También Vili, con la carga de Larios, que hacía unos esfuerzos enormes para resistir con los ojos abiertos.

Carlitos introdujo la moneda, clin, y la lucecita roja proyectó un rayo de luz del mismo color sobre un ojo de buey diminuto situado en el lateral del ataúd. En ese momento el cristal velado de la tapa se hizo translúcido, dejando ver al fiambre subyacente.

Visto y no visto. El cristal se había velado de nuevo.

-¿Era él o no era él? -la Quitanieves.



–¡Lito! –le gritó Ata–. Tú ocúpate solamente de alimentar el artilugio. Cuenta hasta cuatro y metes, y así hasta que se agoten las monedas. Luego ya te contaremos lo que hemos podido contemplar.

Al meter la última moneda, Lito sintió una repentina aprensión por si aquella tarea que acababa de realizar, y que le había proporcionado cierto placer, lo habría convertido en un ludópata irreductible.

Estaba en esos pensamientos, como sus conmlitones estaban intentando descifrar la palabra manuscrita en una cuartilla que el cadáver de Fer, trabada con las manos en cruz, mostraba sobre el pecho, ΗΠΥCOC, cuando se abrió la tapa y se incorporó el difunto como un resorte.

–Conocías de sobra que detesto los homenajes y fiestorros –profirió en tono irritado a la par que miraba la decoración de las paredes. Seguramente no le oyeron. Todos los circunstantes se habían quedado paralizados, exangües y mudos. Todos, menos Sebas, confabulado con el redivivo.

–Buen susto les hemos dado, ¿eh? –le echó la mano por el hombro a su primo mientras se alejaban de la escena.

–No sé si se van a recuperar –mostró cierta preocupación Fer–. Ya tendrían que haber reaccionado.

–Reaccionarán, no te preocupes. Antes o después. Y desde luego en cuanto abran el sobre dirigido “a

los amigos y compañeros de Fer”, que acabo de introducir subrepticamente en el bolsón de la chamarra de Larios, con el requerimiento y albarán para hacer efectivo el pago del féretro. Entre nosotros, el más caro que tenían.

–¿Cuánto?

–900 euros... cepillo electrónico incluido, eso sí.

–Eres perverso, Sebas.

–No me vengas con melindres. Lo único que he hecho es ayudarte a poner en práctica tus ideas.

–Ya. –Con gesto de estar recordando–: Hablando de melindres –sacándose la cuartilla de marras del bolsillo de la chaqueta– ¿qué demonios de palabra es ésta?



–“Ilusos” –entre risas–. La palabra es “ilusos”, pero en el alfabeto cirílico.

–Mejor la cuartilla con “ilusos” en cirílico que no con la cara visible en blanco, como era mi deseo. Sin duda, ha distraído en un mayor grado su atención, que era lo que yo pretendía para que mi resucitación les causara la mayor sorpresa posible.

–Me alegro de que apruebes esa pequeña licencia.

–No sólo la apruebo, también la aplaudo.

–Gracias.

El teléfono móvil de Vili entorpeció su conversación cuando estaban a punto de cruzar la puerta de la sala: “Can you hear the drums, Fernando?”

–¿Nanananananananay, Fernando?

¿Nanananananananay, Fernando?

–empezó a replicarle Gin.

–Ya empiezan a rebullirse –le comentó Fer a su primo Sebas. Y, como si empuñara un teléfono, se llevó la mano al cerumen y ordenó–: Realiza ahora esa llamada... antes de que desvalijen el cepillo y se vayan a celebrarlo por los bares, como haríamos nosotros.

–Se van a acordar del día de hoy.

–No creo que sea para tanto –dijo con tonillo de suficiencia, sacando pecho–. Total, unos pastelitos y una copa de cava. Es lo menos que podía ofrecerles en correspondencia por la fiesta que han intentado organizar en mi honor.

–Claro. Y, como remate, van a bailar sin música, el que no la danza del vientre, la de la muerte.

–No exageres, Sebas. Van a bailar, pero sólo un poquito... por golosos... al compás de unas cuantas bascas y

retortijones –reseñó. Y agregó tras un par de segundos de silencio–: A propósito, ¿has supervisado que el relleno estuviese bien disimulado?

–Sí, Fer, sí. No te preocupes.

–¿Ha podido el pastelero elaborar todas las variedades que le sugerí?

–Todas, salvo la de Laxembusto, que ya no se fabrica, y la de aceite de castor.

–¿La de tabasco?

–Sí.

–¿La de sal gorda?

–Sí.

–¿La de aspirina en polvo?

–Sí.

–¿La de almendras amargas?

–Sí.

–¿La de pimienta molida?

–Sí.

–¿La de vinagre sublimado?

–Sí, Fer, sí.

–¿Te confieso una cosa, Sebas?

–¿Qué?

–Pues que me hubiera gustado desearles buen provecho.

–Y presenciar cómo brindan a tu salud, ¿no?

–Muchísimo.

Sebas, que había marcado el número mientras caminaba junto a su primo, y que aguardaba con el móvil pegado a la oreja que el destinatario de la llamada descolgase el receptor, se llevó el índice de la otra mano a los labios para que Fer se abstuviese de hablar y luego musitó al aparato:

–¡Avante! ■

EL PIE DE LA ESCALERA

MARÍA TERESA
HERNÁNDEZ LUCAS

La lluvia llena el aire de agujeros.
Por ellos se va todo, pierdo todo.
Parece un gesto inútil
el de la lluvia,
que almacena belleza en los cristales.

Por eso los he roto
y me resbala
el agua
por las manos
con dejadez,
con avidez de vida.

He vivido, he leído y escrito
aproximadamente.
No me ha quedado tiempo para más.

Tantas cosas pasando por mi lado
sin poder enterarme del valor que tenían
y las dejé pasar
como sombra sin cuerpo, idea sin materia,
como viento sin selva,
como ola sin mar.

Cuando quise cogerlas se evanescieron todas.
Quedó sólo un recuerdo difuso
y un vacío de siglos.



CUENTO DIFICANTE

Alfonso
Hernando

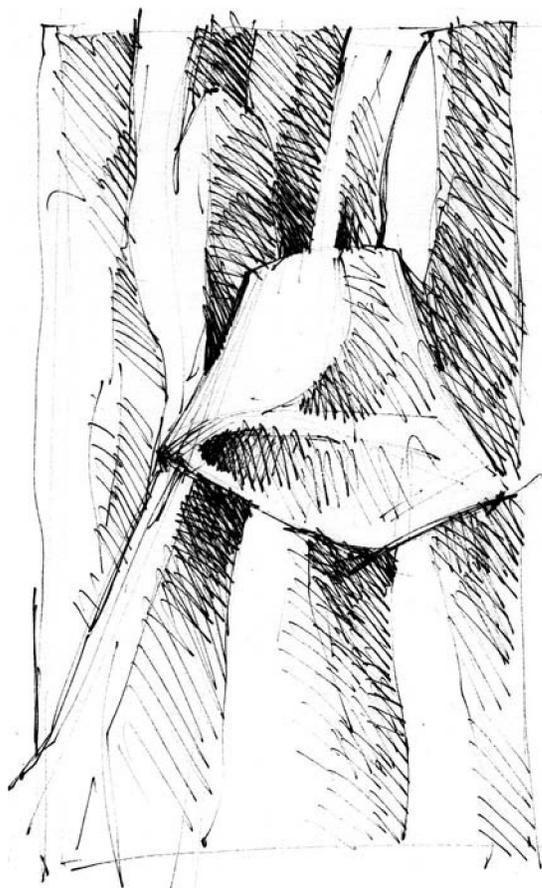
■ Esta es la historia de Caín y Abel. Abel era un hombre con un sentido del deber más allá de toda sospecha. No podía concebir hacer algo mal, ni siquiera podía existir un rastro de imperfección en cualquier cosa que saliera de su mano. Por eso tenía una cierta fama de puntilloso que hacía que no siempre fuese simpático a todo el mundo. Aunque era forzoso reconocer que en su corazón no había sitio para la maldad. El no podía concebir ni mucho menos hacer algo que pudiera molestar, ni siquiera levemente, a nadie. Es cierto que tampoco hacía grandes obras de caridad ni era especialmente amable o cariñoso con los niños o con los perros. Claro está que eso seguramente era debido a su falta de imaginación o a la sencillez de su espíritu. El se guiaba por su sentido del deber.

“Abel, haga esto”.

Y lo hacía.

Así era su vida.

Caín era otro tipo de individuo (no entraremos en el parentesco de ambos, introducido en algunas versiones de la historia sencillamente para distraer al lector del sentido moral de la misma, cosa que nosotros nos cuidaremos mucho de hacer). En absoluto era malvado, tampoco era un hombre en el que anidara la envidia o la inquina. (De nuevo, es



verdad que algunas versiones abundan en el contraste entre el carácter de uno y otro, cosa que es manifiestamente falsa. No cabe duda de que hay muchas doctrinas que postulan que la raíz moral de las personas está en su carácter, de ahí que busquen contrastes en este asunto. Sin embargo, es manifiesto que la esencia de lo moral está en la acción propiamente dicha. Aquí, desde luego, es la orientación que seguiremos).

Como decíamos, Caín era un hombre normal, ajeno a las excentricidades de Abel, y como tal hacía las cosas de un modo mucho más chapucero.

Caín y Abel trabajaban en la misma empresa. Esta empresa se dedicaba a la fabricación de unas “píldoras”. El proceso de elaboración era delicado y complejo. Hacía falta una gran meticulosidad para realizarlo bien. La producción era pequeña y de carácter artesano. Se medían y pesaban los componentes con precisión casi sobrehumana. Se los sometía a procedimientos extremadamente sofisticados en los que cualquier descuido podía ser fatal.

Abel, a lo largo de los años, fue acumulando saber y destreza. El proceso no tenía ningún secreto para él. Sin duda era el mejor especialista en toda la fábrica, lo que equivalía a decir que era el mejor especialista en el mundo.

Sus jefes estaban felices. Alguna vez se pensó en darle algún puesto de mayor responsabilidad, pero él siempre declinaba las ofertas. Recordemos su falta de imaginación. En realidad, y esto, aviso al amable lector, es punto importante, Abel desconocía por completo la finalidad o las propiedades de los productos que realizaba con tanto esmero. El se limitaba a lo que tenía que hacer, a cumplir con su deber.

Su maestría se hizo legendaria. De ahí no se deduce que no tuviera una vida normal o que no pasara los domingos por la mañana del brazo de su mujer por la calle principal de la pequeña ciudad en la que vivía (éste es un detalle no esencial, sin embargo, tampoco nos aparta demasiado de la trama, así que lo podemos dejar).

Muy diferente era lo que ocurría con Caín. Caín era un dejado. Reiteremos que no era ni mucho menos mala persona, claro está que era hombre sin mucho interés por las cosas, y con un sentido moral defectuoso, o casi inexistente.

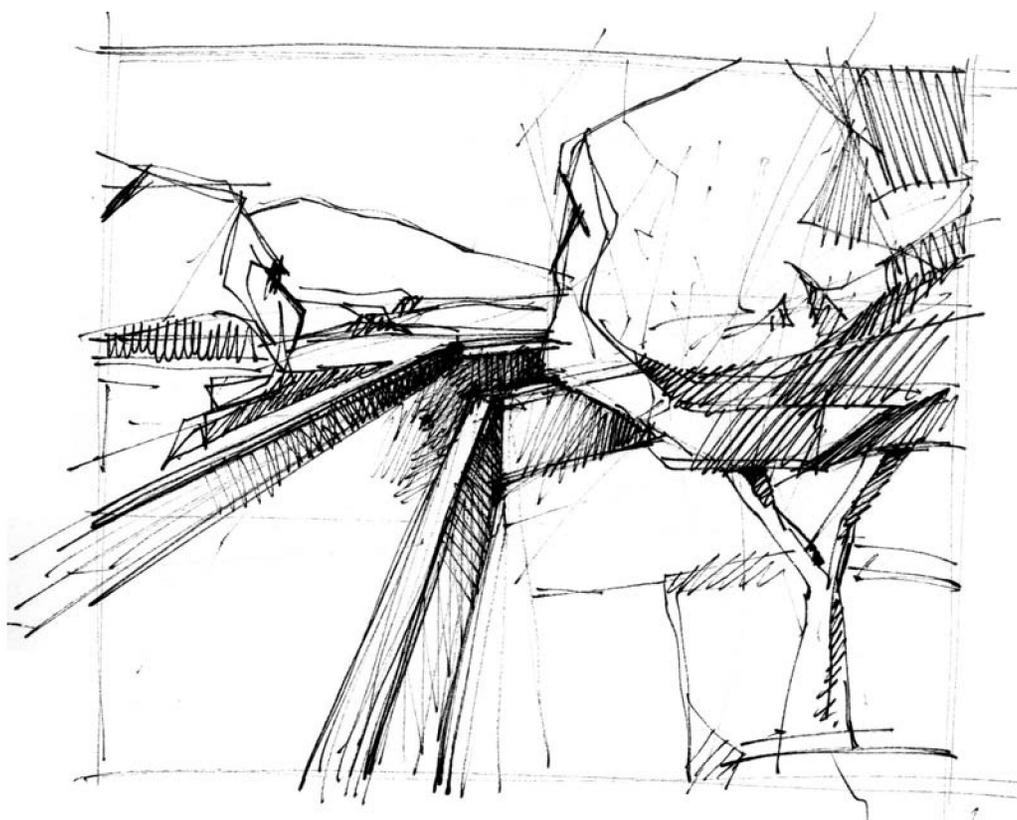
Caín entorpecía constantemente la producción, y tras muchas incidencias, en las que no vamos a entrar para no alargar innecesariamente la historia, fue finalmente despedido, con el regocijo de todos los empleados, menos el de Abel, ya que en el corazón de Abel no cabían el odio ni la inquina.

Caín se fue deslizado por la cuesta de la vida desordenada y sin propósito. Era pobre y seguramente borracho. Todos le conocían pero ninguno reparaba en él.

Abel, fruto de su constancia y de su inalterable buen hacer, fue ganándose la admiración de todos. Era ejemplo constante y modelo a seguir. Sin embargo, él no se envanecía ni se creía más que los demás, pues en su alma no había sitio para esos pensamientos (no sé si está bien reiterar aquí lo de su falta de imaginación).

Al cabo de los años, Caín fue completamente ignorado mientras que los méritos de Abel eran objeto habitual de las crónicas oficiales de la ciudad (algunos hablan de que se erigió una estatua en su honor, no obstante, nos parece que eso es una exageración innecesaria, y ajena por completo al propósito de esta narración).

En aquella pequeña ciudad nadie supo nunca que las píldoras que producía aquella fábrica eran venenos potentes, armas sofisticadas que se empleaban en los más atroces conflictos al otro lado del mundo. En esos lugares no se conocía tampoco la procedencia de aquellas pastillas malditas. Se sabía no obstante que si uno ingería una de las que estaban marcadas con la letra A no había remedio. Su terrible eficacia garantizaba una agonía pletórica de dolor y de sufrimiento. Se cuenta que incluso algunos de los verdugos más endurecidos se estremecían cuando



administraban las píldoras con la fatídica letra. Sin embargo, siempre había la esperanza de que la pastilla llevara una C. Esas píldoras que, a decir verdad, eran escasas y muy apreciadas entre las víctimas, casi nunca producían nada más que una fuerte diarrea; en cualquier caso su efecto solía ser variado, pero casi nunca letal. Se sabe que uno de los afortunados que la tomaron estuvo varios días en un estado alucinatorio y cuando, al fin, regresó a la normalidad, declaró que nunca había disfrutado tanto, pidiendo que se le administrase otra nueva dosis (deseo que, como pueden imaginar, no le fue concedido).

En la fábrica tenían la costumbre de poner la inicial del nombre de la persona que había dirigido el proceso de fabricación de cada píldora (recordemos su carácter artesanal) con una letra diminuta. Era un código interno sin

mayor importancia. Nadie sabía fuera de la fábrica lo que significaba esas pequeñas letritas que, además, sólo podían distinguir personas con una excelente vista. Por eso, algunos de sus compañeros le decían a Abel: “¿No es una pena que nadie pueda calibrar la excelencia de tu trabajo, que nadie sepa tu obra maravillosa? Sólo los pocos que conocemos el código podemos apreciar la maravillosa perfección de tu producto”.

Abel respondía con sencillez: “Yo sólo quiero hacer las cosas bien. Ni quiero ni merezco agradecimientos. No he hecho otra cosa que cumplir con mi deber.”

Todos los demás sonreían con aire de aprobación. Estaban orgullosos de un conciudadano tan bondadoso y tan sencillo.

En un rincón, Caín murmuraba: “Serán gilipollas”. ■

THE CHANGING

Pedro
Olaya

■ Los cowboys en su oficio son los reyes. Su oficio es la caída. Y la caída es una escuela delicada. Una escuela a la que a no todo el mundo se le permite entrar.

¿Acaso no es un favor ser transportado a la caída por la sola benevolencia de la fatalidad? Allí surge la desdicha del extranjero, la sensación del solitario que no sólo no quiere, sino que no puede ya relacionarse con el resto de la sociedad.

No es fácil no ser de ninguna parte, que ninguna condición o necesidad les obligue a ello. Arrancarse de la vida es un trabajo de enorme abolición, y saber llegar a ese estado un arte.

Así pues, es equivocado hacerse del cowboy la imagen del que se retira y se oculta, resignado a su condición de apátrida. Al observarlo realmente se descubre en él a un ser ambicioso, a un gran conquistador.

Aunque algunos competidores de rodeo, se enorgullecen de su independencia, tienden, a ser taciturnos, y a menudo parecen solitarios y tristes, salvo cuando se reúnen, en pequeños círculos exclusivos.

Tienen un andar distintivo, renqueante, casi cojeante, acentuado por sus botas apretadas y sus espuelas que tintinean a cada paso. Cuando los competidores de monta llegan al área de las *chuttes* llevan

invariablemente sus arreos, y los arrastran siempre por detrás de ellos haciendo ruido al frotar el suelo polvoriento. Su gesto parece indicar renuencia, como si alguien les obligase, contra su voluntad, a ir allí para aceptar un nuevo desafío.

Integrados, asentados en el bienestar de su exilio poco les queda ya por hacer. Su yo ha sido abandonado y no existe ninguna razón para reclamarlo. Han llegado a una paz definitiva.

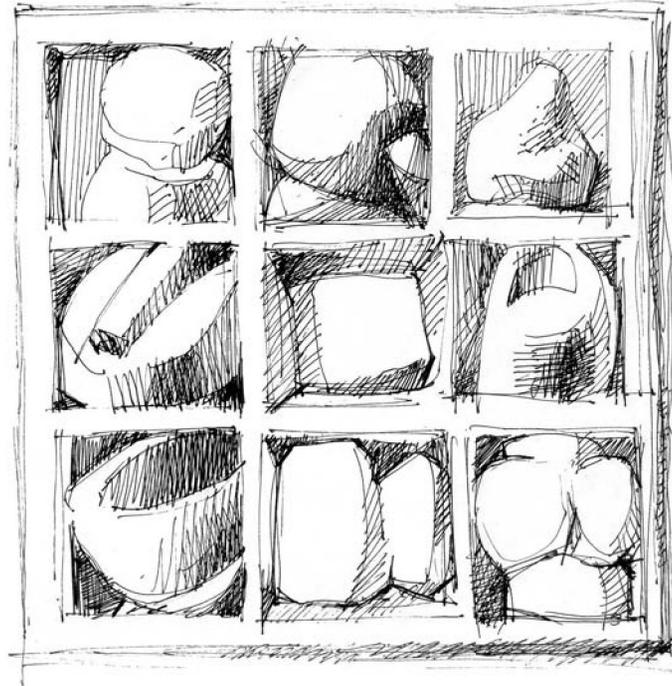
Como cowboys errantes con sus viejos *lincoln* y sus remolques para el caballo, parecen llevar encima todas sus posesiones terrenales, y de hecho así es. Muestran el mismo estoicismo y respetan el mismo tabú frente a las quejas. Aceptan sus frecuentes heridas, sus carencias monetarias y su soledad.

Miran a los demás y recuerdan sus antiguos afanes, su antigua fatiga, las fuerzas malgastadas en lugares y personas equivocadas.

Los cowboys se complacen con metafísicas amables o con conquistar el total escepticismo. Minimizan sus derrotas hasta el punto de esperarlas e incluso alegrarse de ellas. Su temperamento hace ofrendas al sarcasmo. En uno u otro caso han triunfado sobre sus ambiciones, como sobre suerte, para alcanzar una meta más alta, para llegar a ser los mejores vencidos, los mejores caídos. ■

ALGUNAS TARDES

SONIA
MARTÍNEZ



■ –¡Sacadnos de aquí! ¡Sacadnos de aquí! Malditos ingleses. Nos han disparado desde sus Hudson. Vamos a morir todos. ¡Sacadnos de aquí!

–¡Comandante! ¡Comandante! Es Alfred, otra vez. Esos recuerdos van a volverle loco. ¿Qué hacemos? ¿Le llevo a pasear un rato?

–No, muchacho, no. Hoy viene el Emperador y quiero que esté la tripulación al completo. Yo hablaré con él, a ver si logro tranquilizarle. ¡Soldado Alfred!

–Sí, comandante. ¿El ruido lo ha despertado? ¡Alabado sea Dios! Me temo que hemos sido alcanzados por varias cargas y no faltará mucho para que la

nave comience a hundirse. ¿Iniciamos ya la evacuación?

–Alfred, Alfred, por favor. Despierte de una vez y deje de ser tan chiquillo. Esa maldita pesadilla ocurrió hace más de cincuenta años. ¿No puede olvidarlo ya? Por qué no aprovecha, como hacen los otros, este clima tan benigno y este lugar de incomparable belleza para distraerse con el resto.

–Pero, comandante. Yo tengo mujer y una criatura en camino. No quiero morir. No de esta manera.

–Alfred, Alfred. Vamos, vamos. Ya debería saber que aquí estamos todos muertos. Y dé las gracias, que lo nuestro fue en un abrir y cerrar de ojos. Pregunte, pregunte

usted a algún veterano de la primera contienda. Dígale que le cuente alguna de sus batallitas. El que no fue derribado en su avión, fue hundido como nosotros, o murió en un hospital por las heridas de guerra, que no es poco. Si no se empeñara usted en recordarlo tanto. En fin, Alfred, que, al menos, nos han reunido aquí a todos y no eligieron mal lugar, ¿no? Podría tratar de olvidar aquello. Disfrutar de las charlas con los muchachos, de los paseos por este hermoso valle, de esta luz, de este tibio calor. ¿Cuándo tuvo este tiempo en su adorada tierra?

—Allí, allí quiero volver. También mamá estará preocupada. Ha pasado tanto tiempo...

—Oh, Alfred, pobre muchacho. Veo que todo es inútil. Soldado, por favor.

—Sí, comandante.

—Lléveselo, por favor, a caminar, como me sugería. Yo desisto. Haga que se canse a ver si a la noche puede callarse un rato y dejarnos dormir. He sido incapaz de hacerle entrar en razón y el Emperador está a punto de llegar. Tengo que contarle tantas cosas de cómo ha cambiado el mundo desde que él lo dejara... Ya se escucha cómo arrastran la silla. Espero encontrarle de buen humor.

—Es un hombre muy serio, ¿no, señor?

—Todo es culpa de esa maldita gota. Pero no deja de darle al vino y al cordero. Pero, ¿qué digo yo? Creo que estoy hablando demasiado. Ese Alfred me va a hacer perder la cabeza a mí también. Por favor, soldado, mantenga la discreción y marchen ya, marchen. Es una orden.

—Sí, comandante, como usted disponga.

Un día de septiembre de un año que ya pasó visité por tierras extremeñas un par de lugares mágicos que me inspiraron este cuento. Uno fue el Real Monasterio de San Jerónimo de Yuste en Cáceres, donde el Emperador Carlos V de Alemania y I de España, allá por 1557 y después de cuarenta años de reinado, se hospedó para llevar su retiro espiritual y para aguardar la muerte y gloria eterna. El otro lugar, en Cuacos de Yuste (a escasos kilómetros), resultó ser un curioso cementerio alemán donde el organismo encargado de velar por los cementerios de guerra del gobierno teutón reunió a un grupo de ciento ochenta soldados alemanes de la Primera y Segunda Guerra Mundial que habían encontrado la muerte en las costas, tierras y hospitales de España y que antes descansaban repartidos por todo el país. Pensando un tiempo después en aquellas visitas, se me ocurrió que, puesto que se encontraban tan próximos ambos lugares, no sería tan improbable que el Emperador y los soldados aprovecharan algunas de las tardes apacibles que, seguro, da esa maravillosa tierra para reunirse y contarse y ponerse al día de tantos recuerdos y batallas inútiles. ■

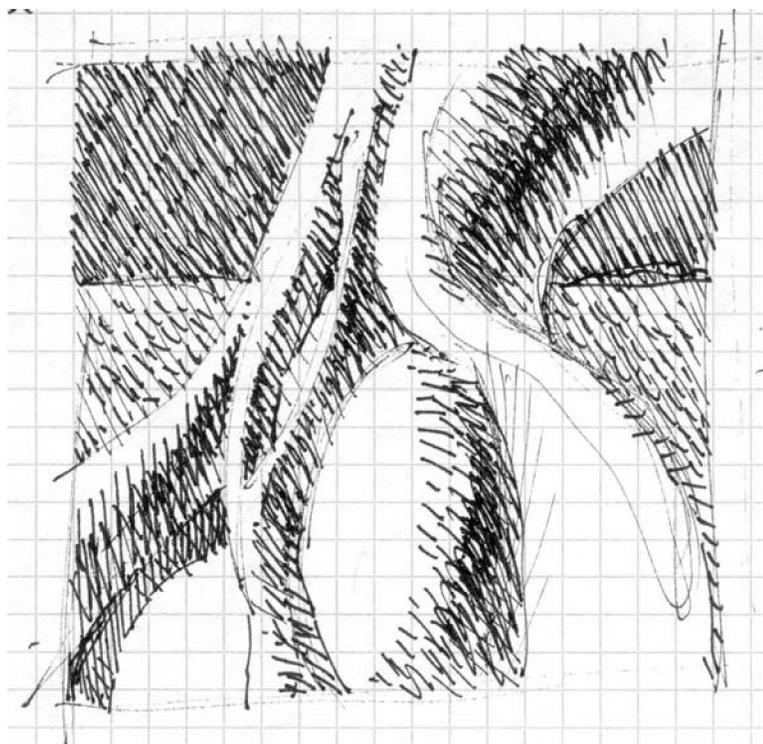


A Eskander y su equipo | ANA
MAYORAL

■ Desayuno con la noticia de nuevas muertes en la antigua Yugoslavia. Mi cuerpo se estremece pero no tengo ningún mérito después de tantos meses de guerra, ni soy especialmente sensible. Mi estómago es una olla a presión. Desde la comodidad de mi casa y el silencio manchado por los trinos de algunos pájaros que ya visten febrero, tiemblo porque Ivo está allí.

Nos conocimos en Utrecht, los dos éramos estudiantes de doctorado en la Faculty of Arts and Humanities. Él trabajaba en el departamento de Arte, contiguo al mío. Coincidimos en la cantina el primer día que llegué a la ciudad. Él, siempre atento, me ayudó a pedir un té, advirtiéndome de que el café era pésimo. Enseguida me atrajeron sus ojos oscuros y su perfecto inglés, del que aprendería mucho. Hablaba algo de español, y esa fue la excusa para vernos más a menudo, intercambiaríamos clases de idiomas. Pero el tiempo hizo que compartiéramos muchos silencios, uno en brazos del otro, en la oscuridad sin máscara de su habitación o de la mía. Sin embargo, nunca tuve la verdadera conciencia de que Ivo me perteneciese. Siempre existió una especie de barrera que me impedía acercarme a su corazón, y yo me temo que hice lo mismo, no entregarme del todo, una estrategia tan mala como otra cualquiera para evitar el sufrimiento. Eso no quiere decir que no disfrutáramos de minutos inolvidables, como aquel día que me convenció para subir a la torre de San Marteens. Desde allí la vista era realmente magnífica, pero

pasé un miedo terrible -ahora sé que se trataba de un principio de claustrofobia- ascendiendo los metros finales por el interior de los nervios de piedra, ladeando el cuerpo porque el espacio era muy estrecho. Los sábados íbamos al mercado y él me compraba tres ramos de pequeñas rosas amarillas al precio de uno, cuando los puestos de flores callejeros iban a cerrar y los vendedores pregonaban el género que aún no habían vendido: *Drie tien! Drie tien!* Solíamos tomar un bocadillo de salami en un restaurante italiano de comida rápida, y una cerveza en *Ledig Erf*. Es curioso, recuerdo más esas pequeñas cosas, los bocadillos, las cervezas, las flores de última hora, que las palabras.

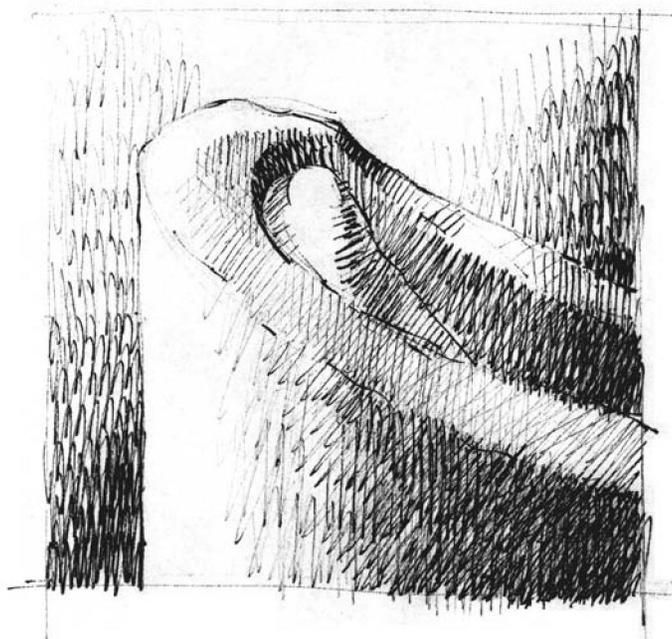


Ivo trabaja en el Museo Nacional de Bosnia y Herzegovina. Hoy desayuno con la noticia de un bombardeo que ha destruido cuatro de sus edificios. He intentado llamarlo por teléfono, pero es inútil. A estas horas ya no estará en casa. Como el transporte público es un caos debe salir muy pronto, cruzar la ciudad caminando, expuesto a los francotiradores. Podría decirse que mi Ivo es un héroe, pero no es el único. Los empleados del museo siguen acudiendo cada día. En una de las pocas cartas que he recibido me cuenta cómo se las han ingeniado para esconder de las llamas que siguen a los bombardeos los maravillosos volúmenes de su biblioteca. Por desgracia, esto no es nuevo para ellos, ya que durante la primera y la segunda guerra mundial los trabajadores del museo también tuvieron que salvar las colecciones, muchas veces a costa de su propia vida.

Mientras mi café se enfría sobre la mesa de la cocina, le imagino montando en bicicleta, leyendo un libro bajo la suave luz de la lámpara de su habitación, besando mi ombligo. No puedo siquiera

pensar que esté bajo un montón de escombros, que la mata de cabello negro y rizado se haya cubierto de ese polvo que se convierte en tumba. Me alegré cuando me escribió diciendo que no iba a la guerra a causa de su cojera, se lamentaba de no poder luchar junto a los suyos. Yo bendije el día en que le atropellaron y le rompieron el fémur por mil sitios hasta dejarlo irrecuperable. Pero no se lo dije. Me alegré, aun sabiendo que aquel desgraciado día fue el principio de nuestro alejamiento. Después del accidente ya no fue el mismo. Se encerró en su habitación, en el despacho, en el archivo, siempre oculto por legajos y libros que le servían de escudo. Nunca disponía ni de un segundo para verme, y todos los míos eran un suplicio sin sus abrazos. Poco a poco las llamadas se extinguieron, como se apaga lentamente una llama sin oxígeno, y yo me ahogaba, boqueante, ante mis propios papeles, como me asfixio ahora sin saber si está vivo.

Lo nuestro terminó en Utrecht, y aún viví tres meses más en aquella ciudad, observándole de lejos cuando cerraban la





biblioteca, a hurtadillas en las salas del Centraal Museum, en la fila para el almuerzo en la cantina. Un día me dijo que ya no me quería, así, de golpe, supongo que para que no volviera a llamarle. La frase en inglés es mucho más larga: *I don't love you any more*, pero igualmente dolorosa. Cuando regresó a su país me envió una carta absurda en la que me daba extrañas explicaciones que yo no comprendía. Pensaba que el amor bastaba para entenderse, que sólo era preciso el lenguaje de las miradas y de la piel, pero existía algo más profundo, una brecha -cuya naturaleza nunca descubrí- que nos separaba. Sin embargo, de sus palabras deduje que siempre me recordaría como a una amiga, y eso fue lo que intenté con todas mis fuerzas, ser su amiga para no perder el contacto, para no tener que preguntarme nunca dónde demonios estaba y si vivía. Gracias a eso tengo su teléfono. Un teléfono que debe estar sonando en mitad de las sirenas que advierten de un bombardeo. Ignoro si las bombas le han sorprendido en uno de esos edificios que arde en mi televisor, pero con esas llamas se extingue la esperanza de buscarle, la idea loca de viajar a su país para volver a verlo, para que me enseñe todos los lugares de los que me hablaba aquellas tardes oscuras de invierno, cuando paseábamos junto al canal comiendo un bocadillo de salami. Todo sería sin compromiso, sin preguntas, sin besos ni caricias robadas.

Aquí estoy llorando frente a las llamas que invaden la pantalla y no quemar. La toco y sólo me propina una pequeña descarga de electricidad estática. La impotencia me abrasa, como quizás él se abrasa realmente. Tendré que esperar unas horas para tener noticias. No debo perder la esperanza.

Salgo de casa, como cada día, y me voy a la biblioteca donde trabajo. A estas horas

sólo vienen algunos jubilados para leer la prensa. Mañana, todas las portadas tendrán la imagen del museo en llamas, y miles de personas abrirán los periódicos indolentemente, ajenos al sufrimiento que me consume. En vano intento concentrarme en colocar los libros, en dar curso a las peticiones de los lectores. Reina un silencio extraño, sólo roto por el ruido del papel nuevo, y por los pasos suaves de los que deambulan en busca de algún ejemplar. Mi compañera me pregunta, en voz apenas audible, qué me pasa. Y yo le digo que nada, pues todos saben que acabo de volver de mi luna de miel en Zanzíbar y todos ignoran que en el fondo aún soy esa joven que recorre en bicicleta las calles de Utrecht para encontrarse con Ivo. Nadie en esta ciudad sabe que Ivo existe. Nadie sabrá de mí en las calles destrozadas de Sarajevo. Sólo el tiempo nos concedió unos meses de nuestras vidas para conocernos, para amarnos sin preguntas, para separarnos después sin razones.

Ivo está casado y tiene una hija. Su mujer y la niña se han marchado al pueblo de Ivo, huyendo de las bombas. Nadie le echará de menos si no vuelve a casa esta noche. Pero dos mujeres lloraremos en silencio su ausencia presentida.

Una compañera de la facultad me dijo que Ivo parecía triste. No es tristeza, le contesté, es una especie de nostalgia, de melancolía. Ese sentimiento que lo embargaba, incluso cuando reía, me resultaba tremendamente atractivo, pues encerraba un misterio por desvelar. Ivo representaba un libro cerrado bajo siete llaves, y yo, ingenua, me creía capaz de abrir todas esas cerraduras a fuerza de besos. Él era uno de esos tesoros que protegían los museos que estudiábamos, una pieza única de origen desconocido, bella y enigmática, una joya que era preciso poseer. Sin embargo, el accidente

truncó cualquier posibilidad de aclarar el misterio. La fatalidad nos sorprendió surcando la ciudad en bicicleta, hablando bajo una lluvia incipiente, distraídos, y no nos dimos cuenta de como un coche se nos venía encima al cruzar una calle. Ivo se llevó el golpe. Yo sólo me caí al suelo, y me levanté, dolorida, para socorrerlo. Él había perdido el sentido y su pierna sangraba escandalosamente. Me quedé todas las noches junto a él en el hospital. Cuando le dieron el alta le acompañé a casa. Pero al despertar de la operación ya era otro, como si la anestesia le hubiera cambiado la personalidad, o tal vez es que me culpaba del desastre. Siempre lo negó, pero secretamente creo que me hacía responsable de su cojera, de haberse convertido en un tullido.

Esta noche he vuelto a llamar. El sonido del teléfono se recortará en el silencio de su casa deshabitada. Nadie respondió.

A pesar de no ir al frente, Ivo es un soldado en la retaguardia que protege el patrimonio de su país, y en su amargura no es consciente del papel que está jugando para la historia de su pueblo. Salvar vidas es importante, pero también lo es preservar la cultura de un pueblo de la aniquilación.

Mi marido me pregunta qué me pasa. Me ha sorprendido llorando en el dormitorio.

Soy incapaz de explicarme, ni de mentir, ni de inventar, ni deseo engañarle por nada del mundo. Dejo que las lágrimas me abandonen en la esperanza de que el dolor se marche con ellas. Él me abraza, y su abrazo es como un madero al que me agarro como un náufrago. Su amor es transparente como mis lágrimas, y mi amor por él, sincero, a pesar de mi recuerdo enfermizo por Ivo. Si ahora me dieran a elegir, sin dudar, escogería a mi marido. Sin misterios que descubrir, pero con una capacidad de amar inmensa que ha sido capaz de alejar todos los fantasmas de mi vida, de llenarla de luces y anestesiar los recuerdos amargos. Decido contárselo todo. Una punzada de celos nubla sus ojos mientras me escucha. Cuando termino coge el teléfono y llama a un amigo periodista. Me tranquiliza diciendo que Charlie nos mantendrá informados. A las diez de la noche nos dice que Ivo se ha salvado, que está en un hospital y que su mujer lo cuida. Beso a mi marido llena de agradecimiento, y al abrazarme no notó ninguna barrera entre nuestros cuerpos, hablamos el mismo lenguaje, callan nuestras bocas, pero se encuentran, y aprendo una cosa nueva, que el corazón posee muchas habitaciones, que en él pueden vivir varios inquilinos sin cruzarse, y que yo debo clausurar una de ellas, que ya es tiempo del olvido. ■

CLARO DE LUNA

DE "RINCÓN DEL TIEMPO" | SANTOS RIVAS

Golpean suavemente las notas del piano
al día gris,
al cielo gris,
ceniciento,
y suena la música
lenta y leve.

Lloran los cristales.
El alma resbala
como gotas de agua
arrastrando melancolía
por los cristales.

El día es gris.
El cielo es gris.
Se palpa la levedad.
Llueve añoranzas.

Suena la música.
Se escucha una sonata.
Llueve... pegados a la ventana
siente escalofríos el agua.
El alma
se ha empapado de nostalgia.

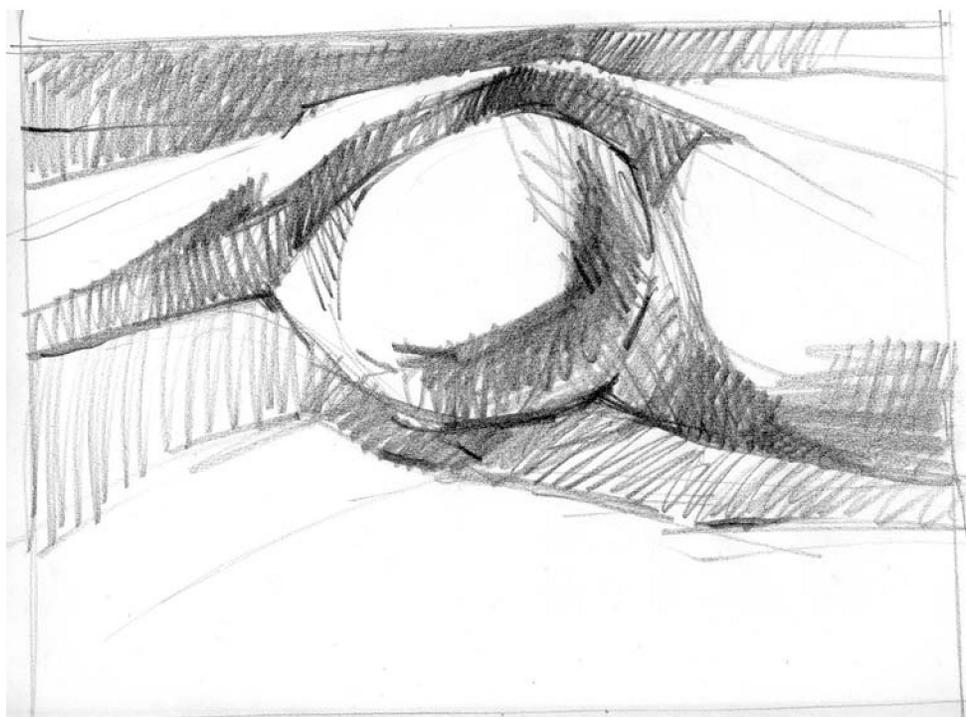


EL INTRUSO

Vino leve como el rocío.
Llegó dulce como el amor.
Suave llamó a la puerta
y aunque nadie le invitara
con paso firme entró.
¿Quién es?
¡Dime, amor!

Leve como el rocío.
Dulce como el amor.
Suave llamó a la puerta...
Mariposa se tornó.
¿Quién es?
¡Dime, amor!

Ser... estar... pasar.





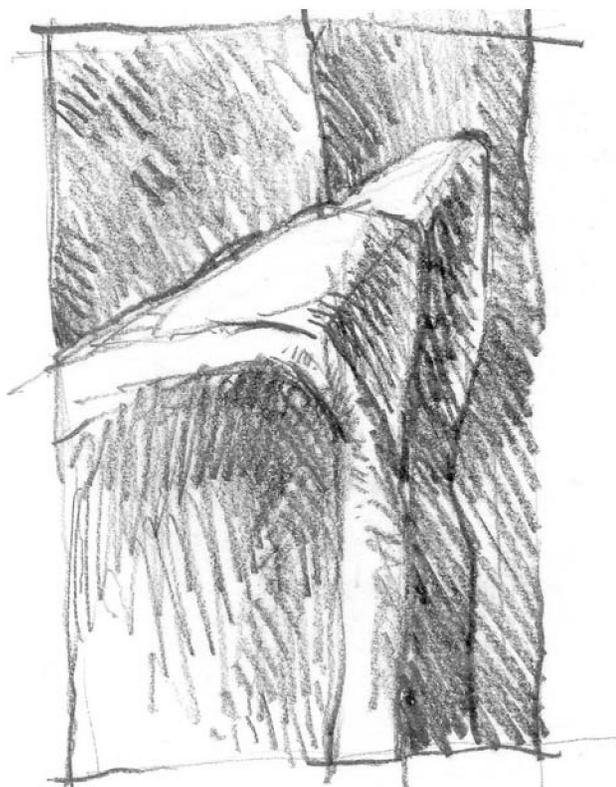
LA TOPOGRAFIA MEDICA DEL DR. JUAN CLIMACO MINGO, UNA FUENTE PARA EL ESTUDIO DE LA ANTROPOLOGIA DE BELORADO Y SU COMARCA (1884)

JOSÉ MANUEL
LÓPEZ GÓMEZ

■ De manera resumida podríamos decir que las topografías médicas son un género de estudios sanitarios que sistemáticamente tratan de establecer las correlaciones existentes entre el “espacio físico” (aires, ríos, aguas, flora, fauna), y el “espacio social” (costumbres, vivienda, alimentación, vestidos), de una determinada localidad, comarca o provincia, con las enfermedades que padecen sus habitantes. O dicho de otro modo: *“A la postre toda topografía médica intenta construir un relato plausible de cómo las enfermedades y la muerte se asocian a los lugares y a los hombres”*¹.

Salidas en buena medida del medio rural, constituyen una de las aportaciones más significativas, sino la que más, de este sector médico al panorama científico, y en especial de la higiene pública, de la España del siglo XIX y primer tercio del XX.

En su práctica totalidad fueron redactadas por médicos, conservándose, muchas de



ellas, manuscritas e inéditas. Constituyen un riquísimo fondo documental, no sólo para el conocimiento de la patología prevalente en cientos de pueblos y ciudades españolas, sino por su intrínseco

¹ URTEAGA, Luis, “Las topografías médicas como modelo de descripción territorial”, en BERNABEU MESTRE, Josep, BUJOSA HOMAR, Francesc, VIDAL HERNÁNDEZ, Josep M. (coord.), “Clima, microbis i desigualtat social: de les topografies mèdiques als diagnostics de salut”, Menorca, 1999, p. 74.

carácter correlacionador, para el análisis de su antropología, su etnografía y su historia; aspecto éste que ha empezado ya a ser considerado y valorado por investigadores de disciplinas distintas a la medicina².

Hasta la fecha sólo son cuatro las topografías médicas sobre tierras burgalesas conocidas, aunque cabe la posibilidad de que en el futuro aparezca alguna otra. Sin duda es un número considerablemente reducido para una provincia de la extensión y de la abundancia de núcleos habitados de la burgalesa; tampoco deja de llamar la atención que tanto la capital provincial, como Aranda de Duero y Miranda de Ebro, las poblaciones con mayor número de vecinos y de médicos, no cuenten con representación topográfica alguna.

Estas cuatro topografías presentan algunas otras peculiaridades. En primer lugar siendo cuatro, sólo tratan de dos únicas zonas geográficas, los partidos judiciales de Belorado y Briviesca, estudiados cada uno de ellos por dos topografías; por otra parte las dos dedicadas a Briviesca y la Bureba, una inédita y otra editada, fueron redactadas por la misma persona, el médico Ildefonso Díez Santaolalla.

El arco cronológico de estos cuatro trabajos abarca de 1884 a 1917. Es el periodo nuclear de la Restauración alfonsina y del regeneracionismo postnoventaochista, en el que sus autores estuvieron plenamente inmersos y con cuyos postulados comulgaron en su mayoría³.

Vamos a centrarnos aquí en la más antigua de ellas, los *Apuntes para el estudio*

topográfico médico del partido judicial de Belorado, que se conserva manuscrita en la Real Academia de Medicina de Cataluña, a donde fue remitida el 24 de septiembre de 1884 por su autor, el médico titular de Pradoluengo Juan Clímaco Mingo de Simón, para optar al premio de topografías médicas de ese año⁴.

El futuro Dr. Mingo de Simón nació en Pradoluengo el 28 de marzo de 1825. Tanto por la rama materna como por la paterna pertenecía a familias acomodadas, profundamente enraizadas en el entramado industrial y mercantil de su pueblo natal. Hacia 1850 se licenció en Medicina, probablemente en Madrid. Once años más tarde se casa por poderes en Roma con una prima suya, Felipa de Simón Villar, hija de uno de los principales propietarios de la comarca; desde entonces hasta su muerte en 1888 ejerció como médico titular de Pradoluengo, compatibilizando sus obligaciones profesionales con el cuidado de su nada despreciable patrimonio personal.

Cuando el 24 de septiembre de 1884 el Dr. Mingo pone punto final al manuscrito de sus *Apuntes para el estudio topográfico médico del partido judicial de Belorado*, era ya un hombre de 59 años, en plena madurez laboral y personal, que moriría tan sólo cuatro años después.

El original de don Juan Clímaco consta de 146 páginas numeradas, tamaño cuartilla, precedidas de otras cinco introductorias, y como el propio autor expone en ellas “*está dividido el libro en tres partes: en la primera se*

² Un buen ejemplo de esta nueva dimensión que van adquiriendo las topografías médicas es el libro de PRATS, Llorenç, *La Catalunya rancia*. Les condicions de vida materials de les classes populars a la Catalunya de la Restauració segons les topografies mèdiques, Barcelona, Ed. Altafulla, “El Pedrís” 36, 1996.

³ LÓPEZ GÓMEZ, José Manuel, *Las topografías médicas burgalesas (1884-1917)*, Barcelona Publicaciones del Seminari Pere Mata de la Universidad de Barcelona, n° 109, 2004.

⁴ Real Academia de Medicina de Cataluña (RAMC), Armario S, Caja II, n° 3 (antiguo Armario 5, leg. 54, n° 2).

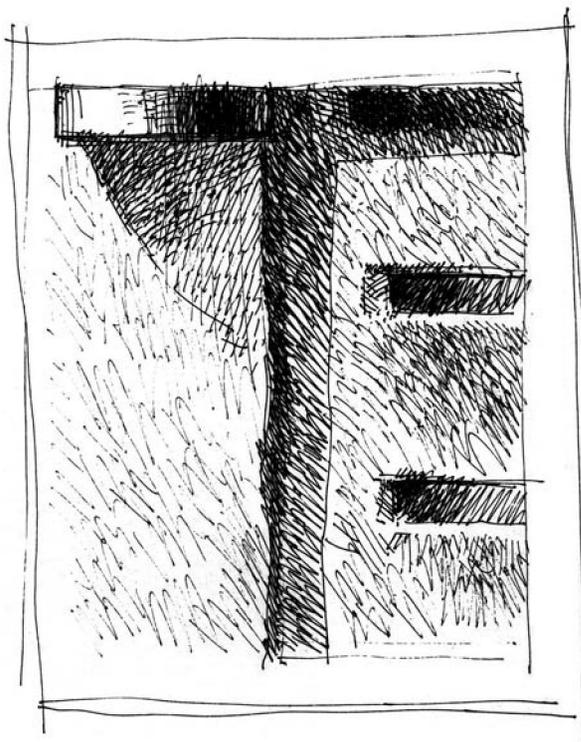


ocupa de la topografía médica natural, en la segunda social o moral, y en la tercera morbígena o especial”.

No vamos a ocuparnos aquí de las enfermedades que padecían los habitantes de Belorado y su comarca, sino del primer y segundo gran capítulo de la Topografía, en especial de este último. Con buen criterio la Real Academia de Medicina de Barcelona en su fallo alaba las aptitudes de Juan Clímaco Mingo para las ciencias naturales. En efecto en su obra se revela como un buen conocedor del medio físico en que se desenvuelve, como un naturalista interesado por su entorno, y un hombre que dominaba la comarca en la que desarrollaba sus tareas clínicas, y no sólo por los continuos desplazamientos a que éstas le obligaban, sino por un gusto personal en ello.

La topografía médica natural comienza con un análisis demográfico del partido judicial de Belorado, constituido por 35 villas, 24 lugares, una aldea, 14 caseríos y 6 granjas dispersas, con un total de 19.054 habitantes⁵, agrupados en 37 ayuntamientos. Continúa estudiando la naturaleza y composición del terreno, la orografía del partido: valles, picos, montañas, ríos, arroyos, fuentes y manantiales. Su clima, temperatura media, días de sol y lluvia, nieblas, vientos y tormentas; para terminar con la enumeración de la flora y la fauna de la zona.

Después de pasar revista a los factores medioambientales que pueden repercutir en la salud de los habitantes de Belorado y su comarca, el Dr. Mingo dedica el



segundo gran capítulo de sus *Apuntes topográficos*, el que más nos interesa ahora como ejemplo de la utilidad de las topografías médicas para el conocimiento de la antropología y la etnografía de un determinado territorio, a la exposición de los factores sociales. Empieza describiendo las características de las viviendas de la comarca, los materiales con que están construidas y la distribución de las habitaciones y dependencias. Revisa el estado de las calles, escasamente empedradas y llenas de barrizales y basureros; los edificios notables: iglesias, ermitas, conventos, hospitales, ayuntamientos; los mataderos y fuentes de agua potable. Se interesa también por las ruinas monumentales y los restos arqueológicos, y de manera especial por diversos esqueletos y fragmentos óseos hallados en grutas y cavernas, de las que se revela profundo conocedor.

⁵ *Apuntes*, pp. 2-4.

Aborda a continuación los diversos oficios del vecindario, sus trajes y calzados, tanto masculinos, como femeninos: *“El traje que usan es de sayal, bayeta o paño; la ropa interior y la de dormir de lino o cáñamo; las medias son de lana o de lino de hilo grueso. Visten pantalón largo en el buen tiempo, y algunos calzón corto en invierno a propósito para el trabajo de labrar la tierra con el arado o la azada. El sombrero es hongo o de ala medianamente ancha, el chaleco y chaqueta llegan hasta la cintura, en ésta se rodean (de) un cinto o faja de lana. Para el trabajo rudo en el campo usan en tiempo frío gorra burgalesa de pieles negras de cordero, y se revisten con zahones, peales y abarcas. La capa castellana unos, la anguarina otros, son las prendas de vestir, como sobretodo o adicionales, muy útiles para resguardarlos del frío, de los vientos y de la lluvia. El calzado es también según la estación del año borceguíes de cuero curtido o abarcas sin curtir en tiempo húmedo y alpargatas en el seco; los borceguíes, aunque de forma tosca, son higiénicos, poco pesados, anchos en la punta y de tacón bajo. La mujeres son laboriosas, visten de tejido de algodón en los pueblos mayores y cálidos; de bayeta o sayal en los altos y fríos. Usan el calzado como los hombres, aunque de hechura más fina; cubren la cabeza con pañuelo fuerte o con mantilla de sayal o paño, jubón o chaqueta larga y saya de lo mismo, abrigándose con mantón o con una capa corta, especie de talina. Las faenas domésticas son peculiares de ellas, y ayudan a los hombres en ciertas labores del campo”*⁶.

La alimentación es otro de los aspectos antropológicos a los que dedica atención preferente el Dr. Mingo de Simón: *“El alimento principal de los habitantes consiste en pan de trigo, en las poblaciones de terreno más feraz, el de centeno en algunas estériles, y de camuña en algunos otros pueblos. También se alimentan de legumbres, habas principalmente, patatas, berza, garbanzo y arroz, a cuya olla*

*ordinaria suelen añadir un poco de sebo o de tocino y carne ahumada. Consumen poco vino a no ser en las labores de recolección en Agosto, en que se permiten algún gasto; exceptúanse de esta regla los pueblos mayores en los cuales el consumo es muy considerable. El uso del tabaco está poco extendido entre los labradores, lo está más el de los aguardientes. Por la noche se alumbran con aceite de oliva o con petróleo, la mecha y candil por lo común mal aderezados, resulta que en ellos se efectúa incompletamente la combustión de la llama central, con evaporación de líquido y denso humo, que ennegrece las habitaciones y la expectoración”*⁷.

Para finalizar estos ejemplos de la utilidad de los Apuntes de Juan Clímaco Mingo para adentrarse en la etnología y la antropología de los pueblos de la comarca de Belorado en el último tercio del siglo XIX, vamos a reproducir lo que recoge sobre los bailes y canciones populares: *“Religiosos en general tienen fiestas y regocijos algún tanto graves y ceremoniosos, sus instrumentos mismos son el pandero, la guitarra, bandurria, gaita y tamboril; en los pueblos de mayor vecindario hay aficionados que saben tañer con arte varios instrumentos de cuerda o de viento modernos. Las canciones heredadas son dulces y melancólicas, endechas antiguas, trovas graves, o letrillas ligeras, estribillos alegres, varios de distinta rima, con significación religiosa, épica, lírica, bucólica y epigramática, algunas veces. La entonación no es muy afinada, la modulación es gutural, nasal, bronca, y cantan unísono en la escuela, en la Iglesia, en las procesiones, en la calle al rondar los mozos por la noche, en los talleres u obradores. Sus bailes denotan amor candoroso, cuando uno enfrente de otra saltan acompasadamente, sin tocarse y guardando prudente distancia, cuyas inocentes costumbres van quedando reducidas a los pueblos más pequeños y apartados de los grandes”*⁸. ■

⁶ Apuntes, pp. 68-70.

⁷ Apuntes, pp. 70-71.

⁸ Apuntes, pp. 71-72.

EL FUTURO SE HACE PRESENTE

■ 10 años, 25 números, 1.000 páginas publicadas... Las efemérides conmemorando cifras redondas son habituales, ¿porqué no? Son etapas de una vida que crece y que se prestan a una fiesta colectiva, como ha ido haciendo hasta ahora PLAZA DE SAN JUAN, que ha ido cumpliendo todas esas etapas antes señaladas gracias al esfuerzo de los trabajadores de la Biblioteca Pública y de un muy nutrido número de colaboradores, entre los que se encuentran premios literarios, autores de obras celebradas y poetas y escritores entusiastas y de gran calidad. Pero, al final, todas esas celebraciones se han realizado mirando al pasado, haciendo un balance de lo realizado, y festejándolo.

Hoy, bajo el lema "El futuro se hace presente", vamos a celebrar el futuro que nos espera, la década de los años 10 que está llamando a nuestras puertas. Una década -¿prodigiosa?- en la que, ¡¡por fin!!, vamos a poder disfrutar de una Biblioteca Pública moderna y bien dotada de medios materiales y humanos, en la que todos los ciudadanos van a tener acceso libre y gratuito a los diversos soportes culturales. Pero también es la década en la que la ciudad se va a dotar de importantes infraestructuras culturales, como el Auditorium o el Museo de la Evolución Humana, y toda la línea de actuación del proyecto de Burgos Capital Cultural Europea, que van -esperemos- a potenciar y solucionar las necesidades

de conocimiento y de cultura de los ciudadanos burgaleses.

Ese futuro que ya está aquí invita a que una revista cultural como PLAZA DE SAN JUAN se adapte -como siempre ha hecho- a esos nuevos tiempos y se plantee, después de 40 números y 10 años de recorrido, iniciar una segunda época en su trayectoria, con nuevo diseño, contenidos más amplios y, sobre todo, nuevas ilusiones y proyectos.

PLAZA DE SAN JUAN seguirá existiendo en tanto en cuanto los colaboradores la arropan y la apoyen y los lectores la demanden y la lean. PLAZA DE SAN JUAN es una revista cultural abierta a todas las sensibilidades y corrientes de opinión, con la única línea roja del respeto a los derechos humanos. Ésas seguirán siendo sus señas de identidad. A partir de ahí cabe todo: reflexiones, creaciones literarias, ensayos, cultura virtual, análisis... Colaboraciones y opiniones que esperamos ya y que podéis enviar a nuestra dirección:

revistas.bpbu@jcyl.es

P.D. -Quizás para iniciar esta nueva época, más creativa y participativa, el Sumario previsto inicialmente, en el que había importantes textos, entre ellos un análisis de Nora Muro sobre la Escuela Moderna, por el poder de la magia se ha trastocado en otro, en el que destaca un amplio texto de nuestro fiel y generoso colaborador José M^a Izarra, a quien agradecemos una vez más su espléndido cuento.

Plaza de San Juan

Nº 41

Diciembre de 2009



**Junta de
Castilla y León**



**Biblioteca Pública
de Burgos**

C/ Valladolid, 3 • 09002 Burgos
<http://bibliotecaspublicas.es/burgos/index.jsp>

DIRECTORA DE LA BIBLIOTECA:
Carmen Monje Maté

EQUIPO DE REDACCIÓN:

Fernando Ortega
Isabel Oceja
José M^a Izarra
M^a Luisa Mintegui
Mireya García
M^a José Rojo
Carmen Díaz

DEPÓSITO LEGAL: BU 661-1998

DISEÑO Y MAQUETACIÓN:

Edibur Telf: 947 244 448